

# DIARIO

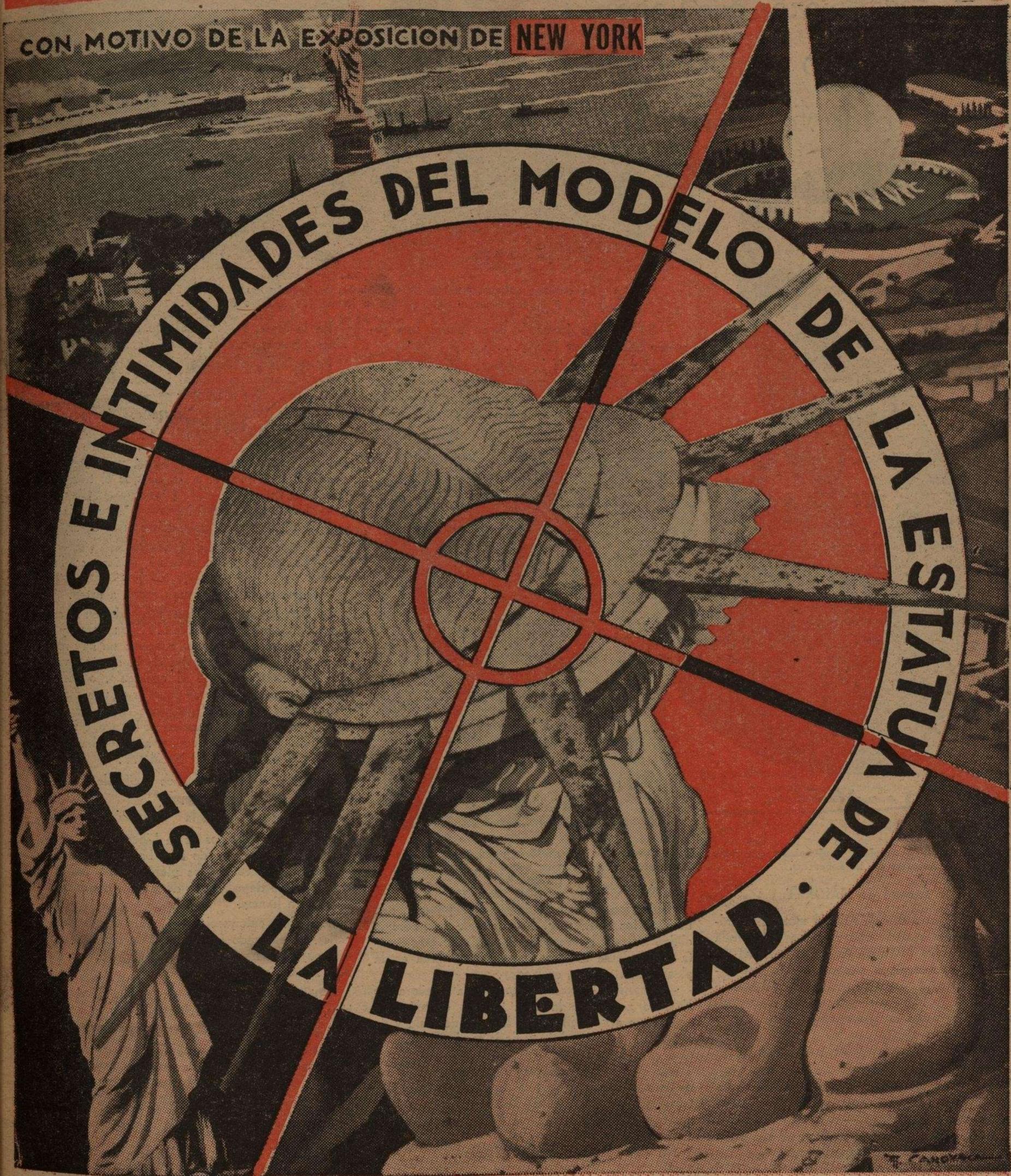
Decano de  
la Prensa  
de Cuba

# DE LA MARINA

Sección dominical  
Literatura-Amenidades  
Reportajes-Colaboraciones  
exclusivas de Europa y  
America.

Habana 4, de Junio, 1939

CON MOTIVO DE LA EXPOSICION DE **NEW YORK**



# Secretos e intimidades del modelo de la estatua de la LIBERTAD

Los extranjeros que llegan a New York son recibidos por el rostro gigante de una FRANCESA



La enorme cabeza, cuando ya modelada, se hallaba en el suelo. Puede notarse su altura, pareja a la de los árboles del lado.



*F. Bartholdi*

Federico Augusto Bartholdi, el alsaciano que hizo la Estatua de la Libertad.

Por Arnaud de MAIGRET

**E**N una aldea de Alsacia murió hace algunos años, una viejecita que, viuda desde 1904, no vivía más que del recuerdo de su gloria pretérita. Su rostro, el rostro más conocido del mundo entero, nadie lo hubiera reconocido en ese entonces: a tal extremo la pesadumbre había deformado sus rasgos.

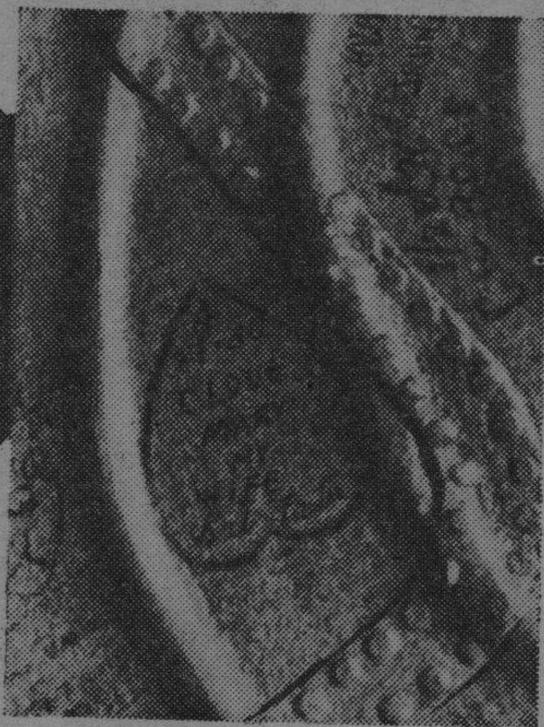
Su muerte pasó inadvertida: tres líneas en un periódico regional.

Y no se le erigió estatua, porque se había hecho de ella, en vida, la más grande estatua del mundo.

**La modistilla de Nancy.**— Un misterio rodea y envuelve la vida de esta mujer: su identidad ha sido puesta en duda muy a menudo.

—Se llamaba Juana, —dicen unos: una pequeña *midinette* de Nancy...

—Una señorita de la nobleza, agregan otros... Juana Bayeux de Puyseur fué en realidad una y otra cosa. Pertenecía a una de las más viejas familias de la aristocracia de Nancy y descendía



Los enamorados se complacen en dejar, al pie de la estatua, inscripciones como las que muestra la fotografía.

de Guillermo el Grande, duque de Aquitania, que batió a los sarracenos. La ruina de su padre le obligó a llevar los vestidos en la ciudad por cuenta de **Madame Navarre**, modista instalada en la plaza de Estanislaw, en Nancy.

—¡Juanita!, —exclamó un día la señora de Navarro a su llegada a la tienda; el miércoles nos vamos a Engwiller para la boda de Jund y de su novia... Te pondrás tu lindo sombrero guarnecido con florecitas.

¿Es este nuevo sombrero que, aquel miércoles inolvidable, en la iglesia de Engwiller, atrajo las miradas admirativas de un hombre robusto y guapo, con el bigote fiero y la barba en punta, un amigo de Jund?

Sin duda, la damita debió creerlo...

En la mesa, la joven estuvo a su lado. En un abrir y cerrar de ojos la había conquistado.

Después de la comida, durante la música y la danza, la invitó a salir al jardín. Mostrándole el valle con un gesto amplio:

—¡Mire Vd. cómo Alsacia es hermosa!... Pero hay algo aquí más bello que Alsacia, añadió amorosamente. Vuestros rasgos, vuestro cuerpo son una perfección. Yo quisiera, vea usted, modelarlos en la piedra, a fin de que el tiempo no pueda destruirlos...

—¿Una estatua mía? interrogó Juana, a la cual se le había propuesto ya muchas otras cosas, pero nunca esto.

—¿Es usted, pues, artista? ¿Cómo se llama usted?

—Augusto Bartholdi, para servir a usted.

La idea le vino, ante una barricada, en la calle, cuando los motines de 1851... Un carro y varias planchas obstruyen el camino: no hay medio de pasar... Los defensores de la libertad van a quedar bloqueados por el obstáculo, o bien, si dan media vuelta, hacerse degollar en una esquina.

**La joven sobre la barricada.**— En ese momento, ve a una joven vestida de blanco, que trepa sobre las planchas y, con una antorcha encendida en la mano, ilumina la calle...

Las balas silban: una hace vacilar la llama... la mujer está siempre de pie.

—¡Adelante! —grita la valerosa desconocida, ¡Adelante los soldados de la Libertad!

Luego cae, herida de una bala, y su hachón comienza a incendiar las planchas. La mujer se debate, trata de salir y se desmorona sobre la barricada en llamas.

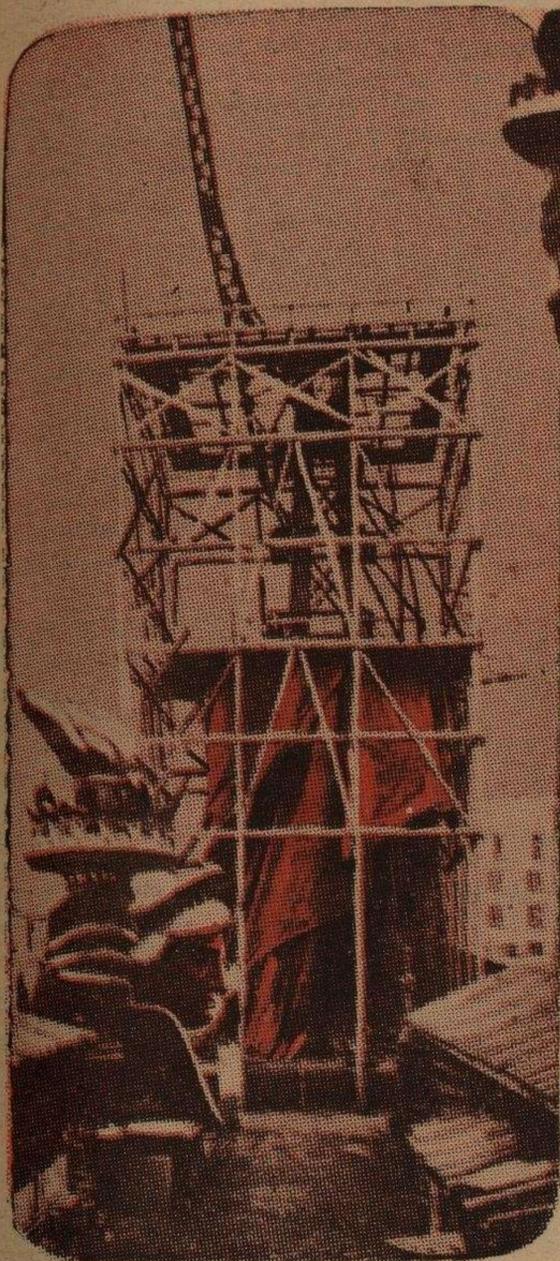
Bartholdi, enloquecido, corre a través de las calles, obsesionado por la idea de inmortalizar a esa mujer, de hacer una estatua gigante que grite a la faz del mundo:

—¡Cesad de pelear y de mataros; vivid libres, vivid felices! La Libertad...

**“¡Proyecto de un loco!”**— Bartholdi fracasó en sus diligencias ante el ministro de Bellas Artes. No pierde el ánimo. ¡Es a América a donde irá! Pero en el New York Club donde expone su proyecto en un inglés deplorable, no conquista más que sarcasmos. ¡Una estatua de 150 pies! ¡Lindo regalo! ¿Dónde ponerla?

Ahora está sentado, desalentado, en un rincón

**EL ESCULTOR BARTHOLDI TUVO QUE TRANSFORMAR EN CANADIENSE LA PEQUEÑA NOVIA ALSACIANA, PUES LA MADRE SE OponIA A SU MATRIMONIO**



Proceso del levantamiento de la colosal estatua. Al lado: Ya colocada sobre el enorme bloque que la sostiene.



Ya en Ellis Island: He aquí un detalle de los días en que se estaban montando los grandes bloques de la estatua.

de la sala. Se habla de otra cosa: nadie le presta atención. En ese momento entra en la sala un hombre colorado e irritado: Mr. Goldman, rey del tabaco, que trata vanamente de encender su habano.

Bartholdi presenta su caja de cerillos, de rabia rompe tres y con el cuarto enciende el cigarro del millonario...

—¿Qué opina Vd. Mr. Goldman, de ese estúpido proyecto?

—¿Qué? ¿La estatua?

—¡Quimérico! ¡Irrealizable!

—¿Irrealizable? No señor. ¡Es magnífico ver grande!

—¡Costaría millones!

—Podrían encontrarse...

—¡Bartholdi es un loco de remate!

—¡Es la envidia que le roe a usted!—terminó por decir Mr. Goldman, irritado.

—Soy Bartholdi, señor.

Goldman deja caer su cigarro, contempla al escultor un minuto. Luego sonríe, saca de su bolsillo un cheque y escribe: cincuenta mil dólares.

En París, es Juana quien le estimula, le incita a ir a ver a los comanditarios.

—¡Tú, me prometiste, Bartho, que la construirías!

Bartholdi recobra ánimo: algunos éxitos le de-

vuelven su llama primitiva, su primera fe... Un industrial ofrece cien mil francos, otro cincuenta.

Al cabo de un año el affaire está lanzado.

La suscripción nacional ha sido votada en Estados Unidos; en Francia ya nada se opone a ello.

**La falsa canadiense**

Nueva York, 28 de Octubre.

Banderas por todas partes y, en la rada, todos los barcos tocan la sirena como en los días de alerta o de júbilo nacionales.

La gigante estatua que, de pie en su socalo alcanza 110 metros, está cubierta de una inmensa bandera tricolor. Bartholdi, de pie en la tribuna oficial, está allí contemplando su obra y estrechando contra él a la joven canadiense con la cual acaba de casarse por amor.

Y Juana, en ese gran día, piensa que seis años de miseria y de privaciones son olvidados rápidamente.

—¿Juana? Juana, que Bartholdi ha embarcado con él, se ha convertido en la joven canadiense que encontró en el Nuevo Mundo. La feliz noticia de la boda le fué enviada a la madre del escultor, que no ocultó su alegría. Hasta su muerte, la viejecita ignorará la superchería: el secreto estuvo muy bien guardado!

—Vea usted, Juanita, le dijo un día la señora de Bartholdi en su salón de Colmar: me sien-

to tan feliz que mi hijo le haya encontrado a usted en América. Porque siempre hay que casarse con alguien de su misma clase!

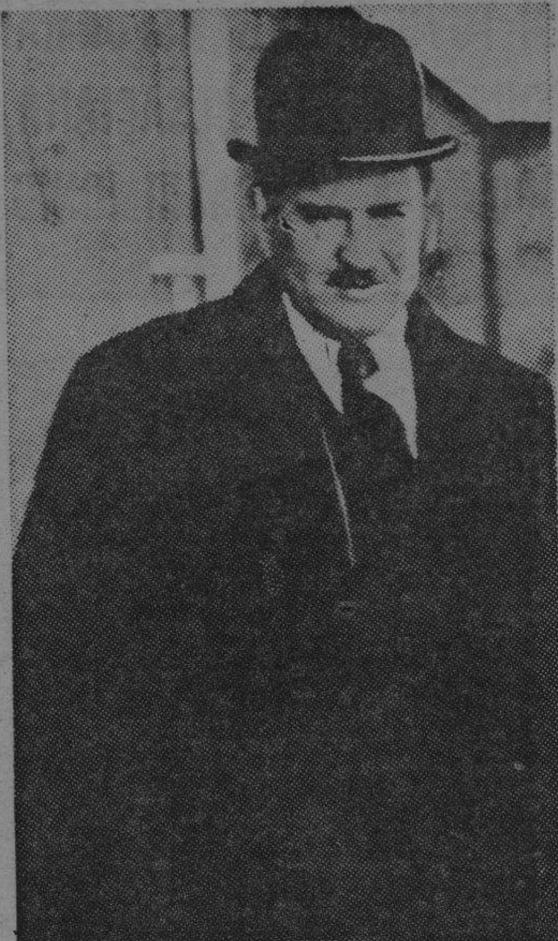
—Es verdad, madre, aprobó sonriendo la pequeña alsaciana.

De pronto, los himnos americano y La Marseillesa anuncian la solemnidad del momento. La bandera que cubre la estatua va a ser retirada...

Esta mujer tan bella y tan tierna, que vivirá con su marido dieciocho años de felicidad y que volverá en su lecho de muerte, verá dentro de un instante, por primera y última vez, su propio rostro, erguido soberbiamente a más de 300 pies sober el nivel del mar...

La estatua de la Libertad, encarnada por una francesa de Alsacia, por una modistilla de Nancy, que llevaba un gran nombre ilustre: Juana-Emilia Bayeux de Puyieux de Bartholdi.

Paris, Mayo 1939.



destinos de su patria; es él quien guía al pueblo de Francia por entre la siembra de obstáculos y emboscadas que constituyen la historia moderna; él es quien, al aceptar la jefatura del gobierno, ha querido conservar la carga de la Defensa Nacional. En el extranjero ya no se dice: «el gobierno francés»; se dice «Daladier». Y esta familiaridad no sorprende; es el testimonio de una estimación respetuosa; el símbolo de la admiración del mundo por el resurgimiento que está llevando a cabo, y se aplica tanto al antiguo combatiente, amigo o adversario de trincheras, como al hijo del humilde panadero, profesor de Historia y Geografía, convertido, después, por su exclusivo mérito personal, en el «premier» francés.

¿Su puesto de piloto? Un despacho, a la vez claro y severo en el primer piso de un edificio de la calle de Santo Domingo... Inglaterra está orgullosa por Downing Street; Alemania se enorgullece por Berchtesgaden; Italia, por su Palacio de

Venecia; los Estados Unidos, por la Casa Blanca; la U. R. S. S., por el Kremlin; la calle de Saint Dominique y el Ministerio de la Defensa Nacional han entrado también en el reino de lo legendario.

Hay anchas ventanas que dan sobre jardines; jardines a los que, falto de tiempo, Eduardo Daladier no baja nunca. Al anochecer, cuando la paz de la noche invade a los hombres y las cosas cuando las flores derraman su último perfume, todavía hay que quedarse a meditar, discutir, prescribir, arbitrar, decidir.

La luz penetra en oleadas sonrientes y se refleja con blandura en la caoba de la mesa de trabajo: estricta, sobria, austera, en su línea imperio.

LA VIDA ACTIVA DE UN TRABAJADOR INFATIGABLE

¡El Imperio! Los recuerdos de Napoleón están en todas partes: aquí un busto, una estatuilla, la escribanía que «él» empleaba, en la mesa misma.

COMO VIVE el JEFE del GOBIERNO

Francio

por ANDRES ALGARRON

En las épocas de tensión no monta en bicicleta ni a caballo. Diplomáticos, generales y ministros le privan, incluso, de ver "a sus hijos" a la hora de la comida.

LOS alemanes tienen un Fuhrer; los italianos un Duce; los franceses un piloto. Pocas palabras existen tan emocionantes y sugestivas como ésta. Igual que cuando se desencadena la tempestad la tripulación de un barco se confía a la segura energía del hombre que lleva el timón, Francia, toda entera, se ha entregado a la discreción del elegido en su nombre por el Parlamento.

Eduardo Daladier, desde hace trece meses—¡y qué trece meses!—assume la responsabilidad de los

Eduardo Daladier (en el centro), cuando era un simple niño de la escuela municipal de Carpentras.



Podría observarse a gusto, su parecido físico, y su parentesco espiritual; podrían comprarse la nobleza de sus tareas y la sencillez de sus modales; dejemos el cuidado de hacerlo a los historiadores y contentémonos, por el instante, con representarnos al piloto en su puesto.

Ha rechazado habitar los suntuosos palacetes que la República francesa pone a disposición de sus servidores; ha conservado su piso al lado del Bosque de Bolonia; todos las mañanas se levanta muy temprano, en su pequeño cuarto que da al patio y en el que penetran los ruidos de las avenidas próximas; gusta de este cuadro modesto, más adecuado a un profesor que a un presidente del Consejo; jamás ha querido abandonarle; muerta su mujer hace ya casi diez años, se ha quedado ahí, con sus dos hijos y su hermana a la que pidió tomase la dirección de la casa y aceptase la vigilancia de los «pequeños», cuando no pudiera él hacerlo.

Muy temprano, también, sale. No ha pasado mucho tiempo desde que Eduardo Daladier montaba todas las mañanas en bicicleta por el bosque de Bolonia durante una hora, u hora y media... y se iba en seguida a la calle de Saint Dominique. ¿Quién hubiera podido fijarse y reconocer en el ciclista, al ministro de la Guerra? En el patio del Ministerio, los soldados presentaban armas, y él, feliz de su apacible llegada, les confiaba su democrático velocípedo, antes de ir a inclinarse sobre sus carpetas llenas de papeles. ¿Enteróse alguna vez el presidente que el goce mayor de los jóvenes soldados consistía en usurpar su bicicleta y dar vueltas en ella por el patio, lo que luego les obligaba a borrar los círculos reveladores que los neumáticos trazaron en la arena?

Hoy, cuando no se halla demasiado apremiado por los acontecimientos, monta a caballo en el mismo bosque de Bolonia, cercano a su casa. Allí, aprovechando la calma matinal, comienza ya a meditar sobre los problemas que habrá de resolver durante el día. ¡Cuántas decisiones ha tomado a lo largo de esos paseos, en esa soledad turbada únicamente por el rumor del viento en los espesos ramajes!

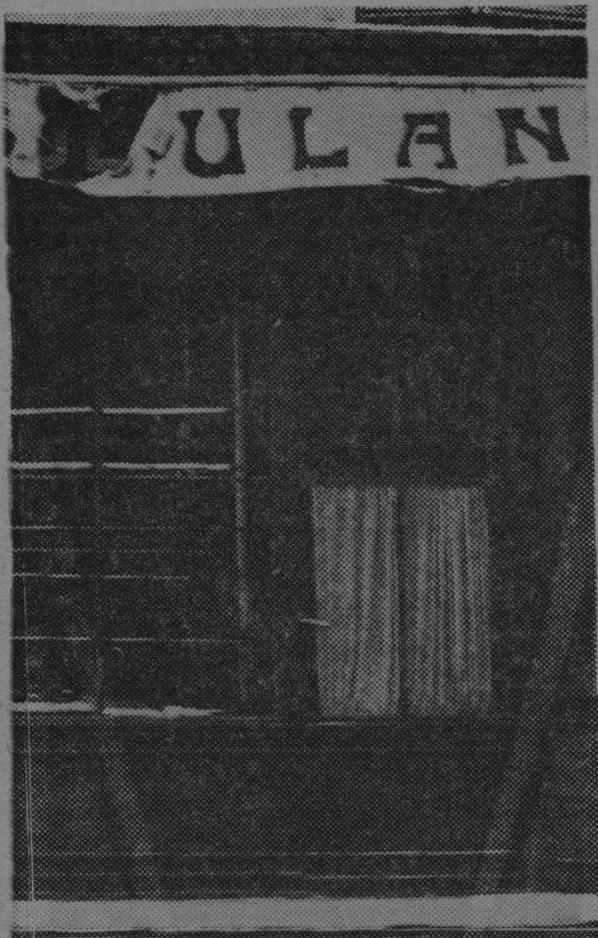
Son las nueve de la mañana: un poderoso automóvil azul penetra en la calle de Saint Dominique; con paso vivo, Eduardo Daladier sube la escalera y entra en su despacho. De cada cuatro días, tres, se vuelve al ujier y le dice:

—Que nadie me interrumpa antes de las once y media, o, mejor, las doce...

Se sienta, abre los cajones; en uno se halla la colección más bella de pipas que nunca pudiera poseer presidente alguno del Consejo; ¡como para hacerle palidecer al propio Herriot! ¿Atacará una? No; opta por el cigarrillo que él mismo lía, por supuesto. Entre los libros, unos cuantos expedientes en sus carpetas de cartones multicolores; abre uno... El teléfono llama. ¿El teléfono? ¿Pero no se halla condenado, como la puerta presidencial? Es verdad, y, sin embargo, existe un hombre que tiene derecho—se siente la tentación de escribir: el deber—de interrumpir a Daladier a cualquier hora del día o de la noche: el ministro de Relaciones Exteriores, Jorge Bonnet, que acude, casi a diario a la calle de Saint Dominique y que telefona a su presidente del Consejo varias veces al día. De este modo, Eduardo Daladier se halla al corriente de todas las decisiones que conciernen a la diplomacia francesa, siguiendo su evolución hora por hora...

#### EL SEÑOR CLAPIER APARECE

Las once y media: una nube de humo está cernida sobre la mesa; el cenicero rebosa de colillas y de briznas de tabaco. Va a cesar la consigna de silencio; Daladier cierra las carpetas, deja escapar un ligero suspiro al ver, desde su asiento, la verdura del jardín cuyo frescor parece avergonzar a los papeles esparcidos por la mesa. Apoya el dedo en un timbre. Algunos minutos y la puerta se en-



Daladier es hijo de panaderos. En Carpentras, un día los comunistas rompieron las vidrieras del establecimiento.

treabre para dejar paso al hombre que, discreto como una tumba, sabe todos sus secretos.

—Clapier, amigo mío, vea usted eso.

Sólo por la entonación, el director del Gabinete presidencial adivina lo que hay que hacer con las carpetas en cuestión. Desde hace quince años, el señor Clapier es el segundo de Daladier. ¿Qué es lo que ha copiado de su jefe? ¿Será que Daladier ha gustado del estilo de Clapier? Los dos hombres se parecen rasgo por rasgo. Clapier ha llegado a poseer un tipo que puede jurarse calcado del de Daladier. Alguien ha dicho: «Cuando hablan entre sí, economizan las palabras». Y es exacto: una mirada de uno corresponde a un movimiento de cabeza del otro. Las frases—por las que los dos sienten horror—se hacen inútiles. Se miran, e, inmediatamente se comprenden. Daladier adora este sistema de trabajo; se frota las manos; lía un nuevo cigarrillo; se levanta; tiene que recibir algunas visitas, las menos posibles. Entre Clapier y su colaborador Genebrier ya han despachado algunas. Pero quedan ministros que necesitan hablar con el Presidente del Consejo. El señor Reynaud tiene que someterle un plan económico, el señor Pomaret, trae ideas sobre la movilización de la mano de obra; el señor Guy la Chambre y César Campinchi desean discutir acerca de la Defensa Nacional. Fuera del señor Bonnet, son estos los cuatro ministros a los que Daladier recibe de mejor gana.

Las agujas dan vueltas. Es cerca de la una de la tarde cuando el Presidente se ve al fin libre. ¿Libre? Se ha dicho demasiado de prisa. En el despacho de al lado está «la familia», o sea: los miembros de su gabinete; se hallan también los augures del partido radical. Daladier abre la puerta:

—¿Qué dice el Soviet?

Un breve conciliábulo. Daladier oye a unos y otros; retiene, observa, y se guarda su opinión. Veremos, dice a guisa de conclusión.

Con el cigarrillo en los labios, baja la escalera; abajo le esperan los periodistas que se atreven, o no, a hacerle preguntas según la expresión de su fisonomía. Daladier quiere a los periodistas, pero

siente horror por las preguntas, porque éstas requieren respuestas; hiende el grupo, da apretos de mano; saluda amablemente, de paso, cuando le interpelan, o se vuelve, de súbito, según el humor; en este caso, desgraciado el indiscreto; no en vano se ha llamado a Daladier «el toro».

#### EN FAMILIA

Llega a su casa cuando sus hijos se disponen a marcharse; el menor, Pedro, tiene catorce años y cursa sus estudios en el Liceo Pasteur, de París.

—¿Qué puesto has sacado en matemáticas?

¡Cómo adora a sus hijos! Los franceses recuerdan aún su discurso patético del 4 de octubre ante la Cámara, cuando solicitaba los plenos poderes.

—¿No creéis que preferiría descansar en mi provincia natal, entre mis olivos, viendo crecer a mis hijos?

Juan es el mayor: 17 años: casi un hombre. Ha fundado las «Juventudes del Imperio francés». Adora la política. Su padre frunce el entrecejo cuando se habla de ello.

—Mejor harás de dedicarte a tu historia.

¡Pero idle a pedir a la generación que asciende que no se ocupe de política!

El almuerzo que su hermana vigila se termina rápidamente. Cuando Daladier abandona demasiado tarde la calle de Saint Dominique, y ya no puede abrazar a sus hijos, va en compañía de sus colaboradores predilectos a un restaurant del barrio; el «charloteo» continúa; discretos con todo el mundo e indiscretos con el jefe, le ponen al corriente, en poco tiempo, de cuanto circula por la Cámara, por el Senado, por los medios políticos, diplomáticos, financieros; tal es su papel y ellos lo desempeñan con celo.

Por la tarde vuelve a su despacho. Hay cuestiones militares que resolver. El general Decamp centraliza todo, y es el único que ve a Daladier; es muy raro que el Premier reciba a los grandes jefes del Ejército; éstos, en cambio, se mantienen en contacto constante con el jefe del Gabinete militar. Están las cuestiones financieras. Hay las cuestiones políticas; es preciso recibir a los parlamentarios, a los jefes del partido, a los líderes de la oposición... Si la discusión se prolonga, si los urgentes problemas son delicados, toma el teléfono:

—María... No iré esta noche. Dí a los chicos que se acuesten.

Y el cenicero, vaciado muchas veces, vuelve de nuevo a llenarse de colillas y briznas de tabaco. Y el teléfono suena sin descanso; un ministro que pide una opinión; el señor Bonnet que da cuenta del resultado de una gestión diplomática, un amigo que insiste en vano «para que vengas a almorzar o cenar, el primer día que tengas tiempo».

—¿Cuándo tendré tiempo?—gruñe Daladier. —¿Y en qué sitio me verá libre?

Y, sin embargo, cuánto prefiere esos almuerzos rápidos, pero tranquilos, en los que se habla de todo, menos de política, a las comidas que el protocolo le inflinge, lo menos posible, pero demasiado a menudo, según su opinión.

Por ejemplo, tiene una costumbre que no abandona: el weck-end. Con el goce de una conciencia neta Daladier abandona París los sábados por la tarde y los domingos para ir, casi siempre a casa de amigos suyos, a Normandía, a Bretaña... Naturalmente que algunas jornadas dominicales están más calmadas que otras de entre semana. Justamente el domingo de Pascua, en que Inglaterra preguntó a Italia cuáles eran sus intenciones respecto a Corfú, Daladier no abandonó su despacho sino a las nueve de la noche y hasta las siete habían sucedido las conversaciones militares a las diplomáticas. ¡Pero cómo! ¿Hubiera podido el piloto abandonar el timón cuando amenazaba la tempestad y toda la tripulación descansaba confiada en él?

París, mayo 1939.

En París, y en horas de ansiedad y de angustia, Pío Baroja escribe una nueva novela. Marañón da fin a un diagnóstico biográfico, y Azorín piensa en un libro acerca del siglo XIX español

EL GENIO Y SU MITO

El mes de abril tiene una fecha, el 23, que no puede pasar advertida para nadie cuyo idioma sea el español. Aquí, en París, esa fecha emerge ahora rodeada de ansiedades, de angustias, de incertidumbres, y hoy, exactamente hoy, unos pocos días antes, así precedida. Momentos de tensión en que sobre Europa cierran negras nubes, en que se repite el agor siniestro del último septiembre. Ojalá que el agor desvele, como entonces, un horizonte de paz. Pero en este instante nada se sabe, nada—dicen—puede saberse, ni colegirse, ni siquiera si cuando estas líneas tracen su parábola y cumplan su arribo la incógnita, de un modo u otro, se hallará despejada.

Mas en estos días, aunque esto nos traigan, nadie, cuyo idioma sea el español podrá olvidarse, o mejor, dejar de tener presente, un nombre: Cervantes. Sobre todas las angustias, sobre todos los dramas reales de la Historia, el mito creado por su genio ha perdurado y perdura, ha sobrevivido y sobrevivirá.

Y entiéndase bien que no es un mito de genialidad lo que trae la evocación sino el mito forjado por el genio, que es completamente distinto.

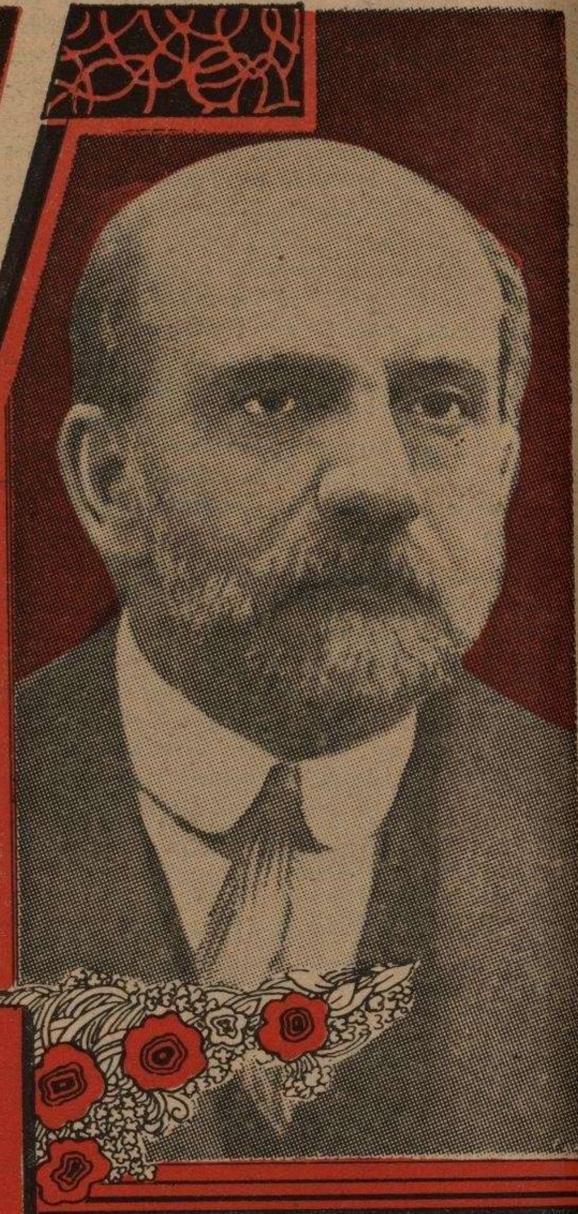
La humanidad, toda la humanidad, desde los comienzos de la Edad Moderna a nuestros días sólo ha sido capaz de crear unos cuantos mitos, tan pocos, tan escasos, que pueden contarse con sólo los dedos de una mano, y hay quien dice que enumerando con largueza. Inventos ha hecho muchos y prodigiosos, adelantos inconcebibles en todos los órdenes, conquista de toda índole innumerables. Transformaciones, guerras, paces, cambios en la geografía política... evidentes en su copiosidad. Pero mitos, apenas cinco.

Mitos son Don Quijote, Fausto, Don Juan, tal vez Beatriz, y tal vez Hamlet. ¡Y no hay más! De los tres indiscutibles, dos son españoles. Y el primero de todos el que no ignora, de oídas al menos, el último hombre, del último rincón de la tierra, es, precisamente, don Quijote.

Cervantes también vivió días de angustia, días de tensión y días convulsos. Le pegó la realidad en lo que a los españoles de su tiempo negara y en lo que sólo a él en su individualidad le reservó. Mas sin embargo Cervantes aun pudo crear el mito, su mito, y fabricar además las otras obras que son joyeles de la literatura universal.

En estos días—justamente en estos días de tensión y de angustia—sabemos de Cervantes en lengua francesa, la que habla y escribe, porque es suya, Jean Babelon.

En las «Editions de la Nouvelle Revue Critique», Jean Babelon (en la colección titulada «A la gloire



CERVANTES  
En  
FRANCIA

UNA CRONICA  
exclusiva de  
Miguel Pérez  
FERRERO

de...») acaba de publicar este libro *Cervantes* en que el crítico e hispanista ofrece de forma altamente amena los resultados sobre la primera figura de todas las literaturas de los siglos de la Edad Moderna.

LAURA, O LA SOLEDAD...

Pese a la alta fiebre que producen en quienes vivimos en pleno torbellino de Europa las circunstancias, hay tres españoles en París que dan ejemplo de serenidad por la continuidad y la calma con que realizan su labor. Son estos: Baroja, Marañón y Azorín.

Baroja escribió y publicó la pasada temporada una novela titulada «Susana».

Pío Baroja parece haberle tomado el gusto a los bonitos nombres de mujer.

Ahora acaba de terminar otra novela; ésta tenía antes otro título que el que habrá de llevar, es decir, diferente del definitivo que ahora tiene, pero el autor de «Zalacain» se lo ha cambiado y se titula: «Laura, o la soledad sin remedio».

—Para hacer esta novela—me dice Baroja—, usted, que vive conmigo en esta residencia del Colegio de España habrá notado que he variado el horario de mi vida.

—Sí; ya he visto que se ha vuelto usted un extraordinario madrugador.

Arriba, al centro: Uno de los más conocidos retratos de Miguel de Cervantes Saavedra. Al lado: Retrato de D. Pío Baroja, el gran novelista español,

—Bueno, pues gracias a ese horario estimo que ha dado de sí mi trabajo. Me levanto—ya he adquirido la costumbre—a las 5 de la mañana, me hago yo el desayuno en un infiernillo, té con leche y unas pastas, y me pongo a trabajar. A eso de las nueve o las diez lo dejo. ¡Y resisto muy bien, siendo así temprano, todas esas horas de trabajo! Luego, ya usted sabe, bajo un poquito al salón, leo o converso. Y a las once y media me voy a almorzar. Todo consiste en madrugar, porque creo que al alba la cabeza está fresca y la imaginación funciona mejor... Así he escrito en tres meses esta larga y nueva novela que es «Laura, o la soledad sin remedio».

—¿Autobiografía?

—¡Bah! Algún pequeño suceso.

—Gentes de aquí, españoles, estudiantes, personajes femeninos que usted ha conocido ahora.

—De todo y de todos... Cosas.

Y Don Pío Baroja insiste en que él ha encontrado

el secreto de escribir a gusto y que éste consiste en madrugar.

Puesto que hablamos del último libro de don Pío Baroja, de éste que ahora dará al editor, no queremos dejar pasar su última anécdota.

Recientemente, un domingo al mediodía, la poetisa argentina María de Villarino y el cuentista y periodista Armando Casella vinieron a buscar a Baroja y al que escribe estas líneas para ir todos a comer a un restaurante español.

Baroja iba con su boina.

Al terminar el almuerzo, un hombre y una mujer que estaban al lado se dirigieron al novelista.

—Vous êtes Espagnol, monsieur? (¿Es usted español, señor?)

—Sí, soy español.

—¿Artista?

—Escritor.

—Mi marido es pintor. Malos tiempos.

—Yo soy un escritor sin éxito.

Entonces la mujer creyó que debía confortar a Baroja.

—No se apure, señor, ya le publicarán algo. Debe usted llevar tanto tiempo de lucha.

No pudimos más intervinimos. Hubo que decirle quién era Baroja y lo que significaba...

Al salir del restaurant, el novelista nos lo reprochó. La pequeña aventura le estaba divirtiéndolo...

UN DIAGNOSTICO DE MARAÑÓN

Un diagnóstico es un libro; es una biografía, ampliamente impregnada de penetración caracterológica y psicológica. Nada de psicoanálisis, porque ya sabemos que a Marañón repugnan bastante los psicoanalistas. Mucho de ir directamente al estudio biológico, eso sí. La biología es, acaso, el más poderoso auxiliar de la Historia para hacer la Historia.

El diagnóstico es de «Tiberio», cuya vida y cuyo carácter, cuya alma, el doctor Marañón, acaba de desentrañar.

«Historia de un resentimiento», subtitula el autor de este libro que muy pronto va a salir de las prensas de América.

El doctor Marañón, en su despacho cuajado de mapas de España, de libros, y adornado siempre con bellas flores, de su residencia parisién perfila, concluye, pone el punto final, a esta obra, en los presentes días de angustia, mientras el timbre de su teléfono suena a todas horas nerviosamente, sin que logre perturbar un solo instante la serenidad y la calma de nuestro impar escritor y hombre de ciencia.

—La historia se repite mientras los hombres se suceden—nos dice el doctor con la mirada puesta en uno de sus mapas que tantas cosas le dicen en su imagen de extendida piel de toro...

—Sí; las pasiones...

—Las pasiones también son las mismas, eternas y las mismas variantes biológicas en el individuo.

—¿Tiberio?

—Ya he publicado ensayos sobre su condición humana.

—El personaje es como para interesar a cualquiera.

—Es la historia de un resentimiento. Repetiré que ya lo he dicho: el hombre que ha ido guardando sus querellas con la humanidad y, en lugar de olvidarlas cuando llega a la cumbre, se las quiere hacer pagar. Esto dicho así, de un modo simplista...

Dentro de breve plazo, «Tiberio», saldrá de las prensas de América y cruzará de nuevo los mares hacia estas tierras, de angustia ahora, donde fué creado por un espíritu plenamente sereno en la imagen y semejanza que en vida tuvo.

AZORIN Y EL II SIGLO DE ORO

Yo creo que la mayor satisfacción de Azorín en



estos últimos tiempos ha sido la reciente de volver a colaborar en los periódicos de España.

«ABC», de Madrid y Sevilla, inserta ahora la firma archiconocida, archiadmirada. Y los grupos de jóvenes que hasta ayer combatieron escriben al maestro de «Los Pueblos» cartas de júbilo y congratulación que llegan a su pisito de la rue Tilsitt.

Azorín dice rara vez lo que proyecta. Habla poco, casi nada y lee infatigablemente. También es de los que sabe resistir la angustia que la atmósfera destila cada día.

Quien esto escribe ve al maestro casi todas las tardes, en su propia casa; y cambia con el maestro breves impresiones cotidianas.

Cuando él dice que prepara alguna nueva obra es que ya casi está escrita; cuando habla de alguna nueva edición o reedición es que ya está en las prensas...

Cuando dice que «piensa escribir», es que ya empezó a escribir, o a anotar. Aunque asegure que es «empresa para largo».

Azorín le profesa verdadero amor al siglo XIX español, a partir, sobre todo, de Isabel II.

Estima que los valores de ese siglo se han menospreciado, se han vilipendiado, han tratado, sin razón, de postergarse, debido en parte, a desconocimiento.

Ahora el autor de «La Voluntad» no lee, puede decirse, otra cosa que libros españoles del siglo XIX. Y profesa, más que nunca, honda devoción a los hombres, de todas las ramas del saber y de la actividad que España dió en esa época.

—Ya ve, Víctor Hugo, aquí... —me dice. —¡Y no se le ha hecho justicia a nuestro don José Zorrilla! Don Juan Tenorio es la obra teatral más perfecta que conozco.

Asiento.

—Es verdad, maestro Azorín.

Prosigue:

—¡Y Larra: el mejor periodista del mundo en todos los tiempos!

Arriba: Una admirable caricatura de Martínez Ruiz (Azorín). Al lado: Un apunte del doctor Gregorio Marañón.

—Es verdad—asiento.

Continúa:

—¿Y poetas? ... Bécquer, por ejemplo... ¡Y políticos! ¡Y oradores! ¡Y militares! Los héroes que pelearon en Cuba y Filipinas. ¡Marinos inolvidables!

—Sí; sí—le digo.

—Habría que escribir un libro.

—Nadie como usted, maestro Azorín, para escribirlo.

—Trataré de hacerlo, pero es empresa larga. Ahora salen otros y hay que hacer artículos para América y España, para el alma y la carne de nuestra raza.

—¿Se titulará el libro?

—«El segundo siglo de oro español»—dice el maestro.

La radio empieza a dar noticias. Se mezclan los nombres de países. Inglaterra, Italia, Alemania, España, Francia; de los hombres que los dirigen en estas horas culminantes: Hitler, Daladier, Franco, Chamberlain, Mussolini...

Nos hemos quedado en silencio nosotros.

Paris, 1939.



# EL MONTMARTRE DE AYER Y DE HOY

Por RENATO VILLAVERDE.

Un molino filosófico de la vieja colina.

Una vista del Montmartre de hace cien años.



La colina hace cien años.—Su vertiginosa evolución.—La patria del cabaret.—Los viejos tiempos del Monte de los Mártires.—El «Moulin de la Galette», superviviente de su época romántica.—Un verso a treinta molinos.

El «Moulin de la Galette», el más famoso superviviente de los molinos de Montmartre.

**E**L Montmartre de hoy—la colina del pecado de París—baila en la mente de todos una zarabanda de placer. Sin embargo, veamos esta descripción del famoso barrio:

«MONTMARTRE.—Aldea muy próxima a París. Se halla sobre una de las eminencias más altas de la capital brindando un espectáculo de bellísimas perspectivas. Molinos, canteras de yeso y numerosas caravanas de asnos. Población: 950 habitantes. No circulan vehículos públicos. Lugar campestre propio para meriendas. Para llegar a él tomar un coche hasta la barrera»...

Esta descripción, que ahora nos parece una broma, la tomamos de una «Guía de París y sus alrededores» de hace cien años. Tal era, pues, el Montmartre de nuestros abuelos. Paz, ambiente bucólico, merenderos propicios a las escaramuzas románticas, laboriosos molinos, asnos filosóficos...

Si dentro de cien años, por ejemplo, el recodo encantado de Robinson, muy próximo a París, deviniera —igual que ha sucedido con Montmartre—una plataforma hiperestésica en que se bebiera champagne y se bailase al son estrepitoso de mil orquestas, nuestros nietos leerían con un asombro semejante al nuestro las descripciones pastorales de que de él hacemos ahora.

Montmartre ha evolucionado fantásticamente, en superación diabólica. En sus orígenes, cuando los cesáres llevaron la loba romana al corazón de las Galias, fué campo de batalla y cúspide de irruolaciones. De ahí su nombre: Monte de los Mártires. Después—a través de mil vicisitudes de las que algo «iremos más tarde»—se trocó en la rada apacible de hace una centuria. A poco, la vida de la capital ahogaba a los artistas. Los soñadores se encontraron muy apretujados en la topografía rebosante de París. Con sus melenas, con sus chambergos, con sus caballetes y sus inspiraciones, se refugiaron en la colina levantando sus «ateliers». Fué la invasión parnasiana. Montmartre ad-

quiría un nuevo «cachet». Murger, popularizándola, sacó a la bohemia de sus reductos misteriosos. Las curiosidades turísticas comenzaron a trepar la colina. Una fase nueva de su existencia se adentraba en Montmartre. Los violines bajaban de las buhardillas para sonar en las plazuelas. Montmartre se dejaba absorber, fundiéndose al pulpo de París. Sus callecitas empinadas y estrechas adquirirían la variada fisonomía que le daban sus tipos extravagantes. La música cascabelera iba dominando la colina. Fué el reino del cabaret. Los artistas, satisfechos al comienzo por la alegría forastera, pronto comenzaron a sentir los inconvenientes del París dislocado. En bandadas, como las golondrinas, iban emigrando. Carecieron en un nuevo barrio—Montparnasse—que hoy también se va poblando de una vida realista, que nos recuerda una página de Guy de Maupassant.

Sobre la aureola artístico-bohemia, un nuevo destino se abría para el popular barrio parisién. Hoy, Montmartre encarna la tentación. Es la meca del sensualismo; del baile, del amor epidérmico. Colina sinuosa, de callejuelas grises y agazapadas, de mortecinos y discretos faroles de gas, en cuyas encrucijadas el beso y el champagne trenzan el más bello de sus minués. En la baraja infinita de sus posibilidades, no hay más que dos triunfos: la belleza y el dinero. Montmartre representa la manzana en el paraíso de París...

Las actuales noches de Montmartre son pardas y eternas. Pardas porque a todos iguala, y eternas porque nadie las olvida. En la colina capitosa no hay fronteras, ni protocolo. Las leyes de Francia resbalan sobre sus baldosas gastadas por las zapatillas de baile: son los dominios inefables de la República Libre de Montmartre. Allí todos son derechos. Los deberes—salvo el de divertirse—se desconocen después de medianoche. Y París, despreocupado y versátil, se lanza tras el vértigo de su tobogán de locuras.

La Place Clichy, la Place Blanche, la Place Pigalle. Tres nombres mágicos. He aquí el trío de rotondas inmantadas que centralizan la vida en dispersión de la colina. Después, mil arterias pequeñas, zigzagueantes, acariciadoras, enseñan sus «bares», abren sus cabarets, iluminan los frontispicios de sus dancings, de sus teatros, de sus cafés. La vida, en eterna marea, fluye y refluye por estas bocas tentadoras. Los hombres, vestidos de calle, de smoking o de frac, sosteniendo monóculo o fumando cigarrillos egipcios; las

mujeres, sumergidas en trajes sastrero o en esplendorosas «robes de soirées», muestran sus pedrerías y sus bellezas incitadoras. Los sexos se diluyen en el más delicioso de los comunismos, frente a las botellas de alcohol en arco iris, con un mismo anhelo tras de sus frentes enloquecidas. Es la hora en que los convencionalismos y las preocupaciones se archivan en el desván; es el minuto de martillar los sentidos; de vivir, por una noche, el lado fácil de la existencia; de quemar el más perfumado de los inciensos en el altar de Baco, de Venus, de Terpsicore. En Montmartre, en la forma, todo se da, pero en el fondo todo se vende: desde el gramo de cocaína hasta el beso beodo en la penumbra de un tango; desde el honor del esposo hasta la amistad del amigo; desde la confianza del padre hasta la mirada de unas pupilas inexpertas.

Montmartre es, resumiendo, la tierra nocturna de los potentados; de los viajeros con carta de crédito; de las damas dispépticas que hunden sus nostalgias en el fulgor de sus pedrerías y en los ojos de sus «gigolós»; de los hombres y mujeres que cantan satisfechos al ritmo jubiloso de sus monedas áureas. Es la patria del franco, del dólar, de la libra esterlina, de los nuevos Cresos que pululan por el mundo. Es la ciudad embrujada en que el pecado se viste de seda; en que las pasiones se ocultan debajo de las pecheras duras y tras los labios pintados; en que el champagne abre los corazones y las carteras; en que la ternura cristaliza en diamantes tallados; en que se ríe una noche lo que se ha de llorar después, y en que, en los presentes momentos de tristezas y de vacilaciones, es el único lugar en que la alegría desbordada levanta todavía sus jacarandosos arabescos...

La medalla actual de Montmartre tiene el reverso de su pasado. Un pasado pletórico de relieves sinuosos, en que se agazapan traiciones y se marcan heroísmos.

Sobre la colina, en la edad media, se trabaja y se oraba. Un Convento de monjas benedictinas, fundado por la consorte de Luis el Gordo, controlaba la fabricación y venta de vino y el trigo que se consumía en París. Ellas fueron las que hicieron de Montmartre un duplicado de Holanda, erizándolo de molinos. Igual que hoy el Monte de los Mártires se caracteriza por sus cabarets, hasta hace poco, más de medio siglo su personalidad se la daban los molinos.

Cerca de tres docenas rumiaban su canción en la laboriosa colina. Pero la vida parisién fué internándose en su radio. Las «guinguettes» se multiplicaban, el dulce «far niente» iba ganando el reducto, mientras las aspas de los molinos se sumergían en reumática inmovilidad. Montmartre dejaba de ser un centro de actividad industrial, visitado los domingos por familias burguesas y por parejas de enamorados. Los artistas culebreaban por sus callejuelas llenas de música y de amor barato.

Los molinos iban cayendo abatidos por las canciones. También cayó el Chateau-Rouge, después de tres siglos de existencia. Lo edificó Enrique IV para su tierna amante Gabriela d-Estrées. En 1814, en los salones del castillo, se sostuvieron las conversaciones que determinarían la rendición de París. El pasado de Montmartre se diluía ante la acometida del presente. Cada vez que uno de sus molinos desaparecía, un poco de su alma pretérita se volatilizaba.

Pero París—el buen gusto francés—velaba y no dejó que el desastre se perpetuase plenamente. De la piqueta demoleadora del modernismo pudieron salvarse dos molinos, dos reliquias del viejo Montmartre: el Radet y el muy célebre «Moulin de la Galette», templo del «tout Paris», invernadero de la canción del boulevard, hijo póstumo de la época del romanticismo.

Estos dos molinos que resumen toda una vida pretérita, han sido adquiridos por la ciudad de París y declarados monumentos históricos. Su vida de recuerdos está asegurada contra las arremetidas de la civilización. Representan casi las dos últimas atalayas de la colina que no podrá derribar el progreso.

¡Cuán pocos de los que queman sus noches en el drolatismo de Montmartre conocen su movido pasado! Sus molinos, hace doscientos años, ofrecían una bella vista a los parisienses. Eran saludados por el hormigueo en ebullición de la gran capital. Un poeta de entonces, Juan Francisco Regnard, el conocido autor de el «Jouer», les dedicó unos sentidos versos de los que copiamos la siguiente estrofa:

«L'oeil voit d'abord ce mont dont les antres profonds  
«Fournissent a Paris l'honneur de ses plafonds;  
«Où, de trente moulins les ailes étendues  
«M'apprenent chaque jour quel vent chasse les nues».

Así era el viejo Montmartre: un enjambre de mariposas volando sobre el cielo de París. Hoy, las mariposas de la capital van a la cúspide de la colina a quemarse las alas fascinadas por el espejismo de sus noches blancas.

En tanto, las aspas invisibles del Montmartre pletórico de vida continúan girando al arrullo de una eterna canción...

Mayo, 1939.

# El segundo septenario del Presidente LEBRUN

## SUS DERECHOS CONSTITUCIONALES, SUS PRERROGATIVAS Y SUS PROHIBICIONES. — EL PRESIDENTE LEBRUN, SEÑOR FEUDAL Y CANONIGO DE INNUMERABLES CAPITULOS FRANCESES E ITALIANOS.

de 450 kilómetros cuadrados cuyo co-señor y soberano es, exactamente, el presidente de la República francesa.

### EL COLEGIO DEL ARCIPRESTE DE LEMBRUN

El señor Alberto Lebrun posee también numerosos privilegios religiosos. En el curso del verano de 1937 visitó Embrun, la «Niza de los Alpes», la vieja metrópoli religiosa del Alto Delfinado que, después de haber tenido un Papa (Clemente VII, un Médici) y diez cardenales como arzobispo no posee hoy más que un simple cura-arcipreste. Bajo el pórtico lateral de la maravillosa catedral románica que fué sucesivamente iglesia, mezquita y templo reformado, y donde cinco reyes de Francia y un rey de Inglaterra se arrojaron antaño entre las columnas de mármol rosa ante la imagen milagrosa de la Virgen (deaparecida hoy), el actual canónigo, cura arcipreste de Embrun, recibió al jefe de Estado francés con las siguientes palabras rituales: «Señor Presidente de la República y querido colega!».

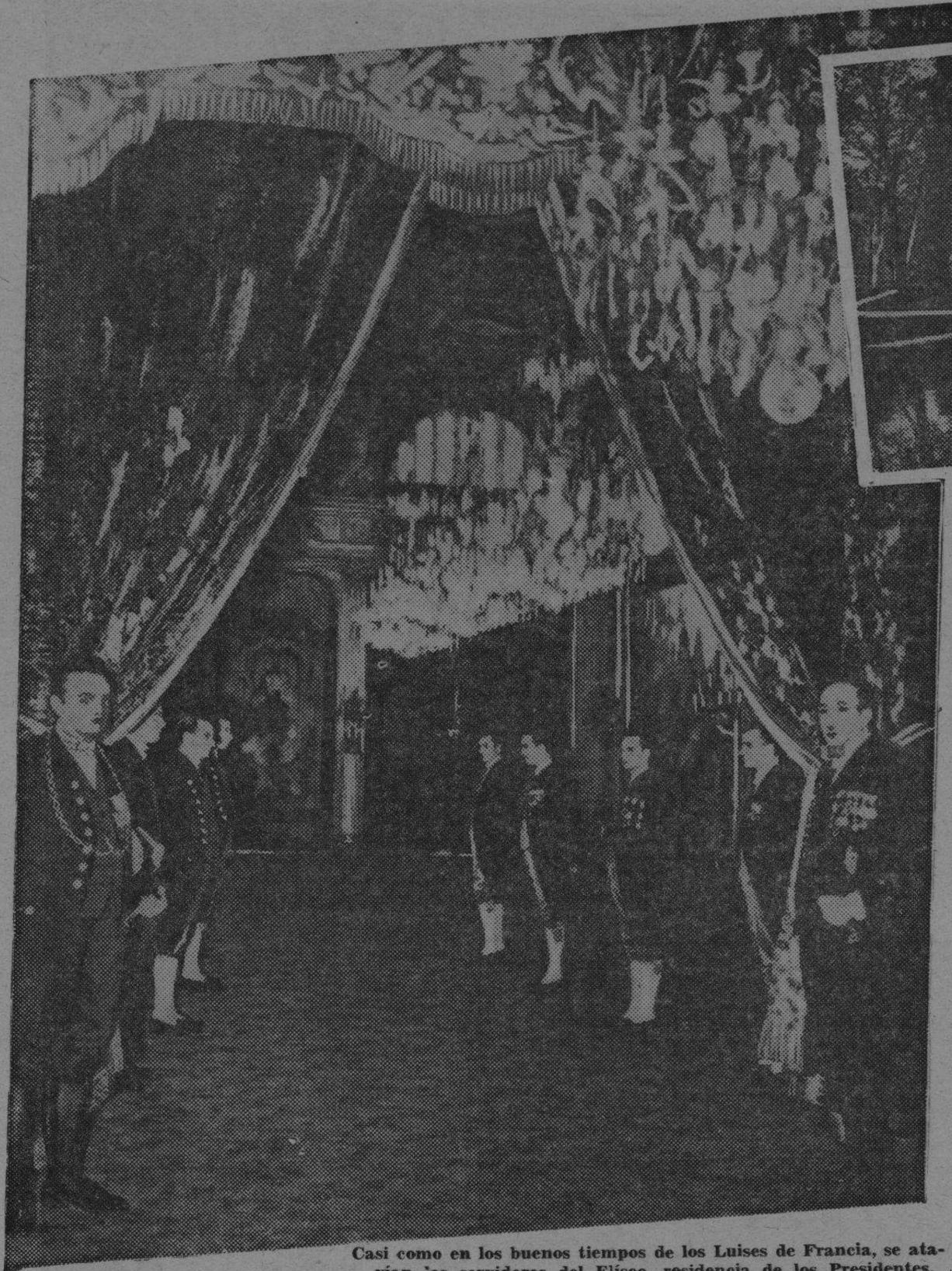
Luis XI, el rey «con sombrero todo lleno de imágenes de plomo», había hecho grandes liberalidades a la iglesia de Embrun. Para agradecerse, los canónigos de aquella catedral le otorgaron la prebenda y la canonjía que se encontraban vacantes por la muerte de uno de sus miembros, y el Papa Sixto IV confirmó este favor por una bula.

El señor Lebrun puede ir también a ocupar su estato de canónigo en la basilica de San Juan de Mauriana. Porque este estato, que le está reservado siempre respetuosamente cada vez que se reúne el capítulo, se halla desocupado desde hace cuatrocientos años. Y del otro lado de los Alpes, desde que la prensa italiana inserta diariamente la lista de sus reivindicaciones con

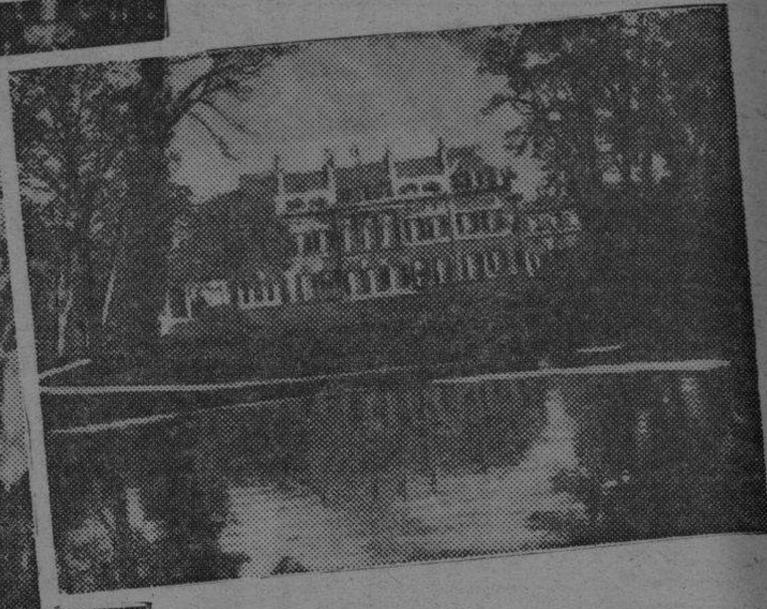
respecto a Francia, algunos han querido ver en esta carencia un argumento simbólico en favor de un eventual irredentismo acerca de la Saboya francesa.

¿Hay que esperarse a que un día u otro, el rey-emperador Víctor Manuel dispute dicho canonicato al señor Lebrun? Empero, su abuelo, el rey galante, al ceder la Saboya y el condado de Niza a Napo-

**I**N efecto, es uno de los últimos auténticos señores feudales de la Europa moderna. Según la versión generalmente acreditada, se le califica de «co-príncipe», con el obispo de Urgel, de la «República» de Andorra. Peto... Andorra no es república ni principado. Es un Estado independiente



Casi como en los buenos tiempos de los Luises de Francia, se atavian los servidores del Elíseo, residencia de los Presidentes.



Versalles: En primer término, el lago cristalino, donde se retrataron las imágenes de las reinas y su corte. Al fondo: Una de las fachadas del Palacio.

El pasado 10 de mayo comenzó el segundo septenario del señor Alberto Lebrun. Siete años más, el presidente de la República Francesa se ve investido así de poderes —poco conocidos en general, en Francia y en el extranjero—, de derechos señoriales y privilegios religiosos que encarna y asume en su función el jefe del Estado francés. Por cuanto, si no tiene el poder de curar los lamparones ni la facultad de comulgar bajo las dos especies como sus predecesores de derecho divino, el Sr. Alberto Lebrun, en su calidad de sucesor de los reyes de Francia, recibió empero de ellos una herencia que comprende aun diversos derechos señoriales y múltiples privilegios religiosos.

león III, abandonó por lo mismo, en provecho del emperador de los franceses su título de canónigo honorario de la catedral de San Juan de Mauriana.

**A IMITACION DE LOS REYES DE FRANCIA**

Mas los privilegios religiosos del señor Lebrun no se limitan a las dos citadas canonjías. Tal como los reyes de Francia, puede reivindicar los títulos de protocanónigo de Nuestra Señora de Clery, de canónigo de San Martín de Tours, de San Hilario de Poitiers, de San Julián de Mans, de las catedrales de Lyon, de Chartres, de Orleans y de Chalons, e incluso el de «patrono» de las iglesias de Francia.

Exactamente como lo reyes «cristianísimos», tiene derecho a tener un altar portátil; puede hacer celebrar el oficio divino en su presencia y en presencia de sus acompañantes en los lugares prohibidos por la Iglesia. No se le puede negar celebrar la misa ni en la madrugada ni en la tarde. Se le está permitido el acceso a todos los monasterios. No se le podría impedir que se comunicara con los excomulgados y si se le antoja pudiera ordenar que su cuerpo fuese disecado y que

sus diferentes partes recibieran sepultura en una o en varias iglesias de su elección: esta voluntad testamentaria debe ser obedecida rigurosamente por el Clero.

De acuerdo con una bula de Celestino V, los fieles que rueguen por él benefician de veinte días de indulgencia.

**AL PIE DEL TRONO DE SAN PEDRO**

Incluso en el extranjero, en la capital de la cristiandad, el jefe del Estado francés posee prerrogativas particulares. Es canónigo de San Juan de Letrán, la iglesia catedral de Roma.

El gobierno francés no desatiende los diversos privilegios a que tiene derecho en Roma. Cuando muere el presidente de Francia, un servicio fúnebre es celebrado por sus colegas los canónigos de San Juan de Letrán. Después de presentar sus credenciales en la Santa Sede, el embajador francés no deja nunca de ir, según una tradición muy antigua, a la basílica de San Pedro a fin de rendir homenaje al altar de Santa Petronila, hija mayor del primer Papa que simboliza a Francia, «hija mayor de la Iglesia».

**LO QUE PUEDE HACER EL PRESIDENTE DE FRANCIA**

Y ahora que hemos recordado algunas antiguas y curiosas prerrogativas atribuidas por derecho de herencia—si se nos permite expresarnos así—al señor Lebrun, mencionemos cuáles son los poderes que la Constitución francesa le concede:

Convocar a los electores y a las Cámaras; negociar y ratificar los tratados; disolver la Cámara y despedir a sus ministros; anular las decisiones de las Cámaras por su veto; nombrar y cesar a los ministros, funcionarios, jueces, disponer de la fuerza armada.

Pero la Constitución francesa le declara irresponsable, y en todas sus manifestaciones públicas debe estar asistido de un ministro. Si toma un decreto, si promulga una ley, si dirige un mensaje a las Cámaras o al país necesita el refrendo ministerial.

De hecho, el presidente puede usar del derecho de indulto (tanto para una pena capital como para una multa de veinte francos). Es el único derecho legal que puede disponer sin rendirle cuentas a nadie.

Puede ser reelegible indefinidamente; pedir a la Cámara una segunda lectura de un texto ya votado; disolver la Cámara después de haber solicitado la opinión del Senado; ceñir el «gran collar» de la Legión de Honor sin haber sido nombrado siquiera caballero de dicha Orden; nombrar al Presidente del Consejo; presidir el Consejo de Ministros.

**LO QUE NO PUEDE HACER EL PRESIDENTE DE FRANCIA**

El presidente de Francia no puede hacer lo que le dé la gana. La Constitución le impone ciertas prohibiciones:

No puede ir ni asistir a las carreras de caballos (ni siquiera al «Premio del Presidente de la República»), ni inaugurar un monumento, sin estar asistido de un ministro o de una personalidad que asuma la responsabilidad de lo que dice o hace; conceder su derecho de indulto antes que la condena esté pronunciada; modificar el modo de ejecución de un condenado a muerte; evitar pagar las contribuciones territoriales del palacio del que no es propietario (paga un millón de francos de impuestos anuales); negar su padrino al noveno hijo de una familia de perfecta moralidad; debe dar una canastilla de ropa para el recién nacido y una libreta de caja de ahorros por valor de mil francos; el señor Lebrun no puede salir uniformado; ni autorizar a su sastre a decir que le viste ni permitirle utilizar el título de «Proveedor del Sr. Presidente», contrariamente a lo que sucede en las Casas Reales; no puede enviar telegramas con la menor alusión política sin el visado del Quai d'Orsay (Ministerio de Relaciones Exteriores) o de la Presidencia del Consejo de Ministros.

**SE PASE TAMBIEN...**

...que el 55 de la calle del Faubour Saint Honoré (palacio de los presidentes de Francia) no ostenta número alguno; que el Sr. Lebrun posee un solo caballo, que permanece en el castillo de Rambouillet, residencia estival de los jefes de Estado.

Que la Pompadour vivió en el palacio del Elíseo y que Napoleón, después de Waterloo, pasó allí su última noche parisiense.

En fin, que el Presidente de Francia está guardado por un Comisario Especial y doce inspectores de policía. Y que si es elegido por siete años es porque el difunto Presidente Mac Mahon fijó la duración de su propio mandato a siete años, estimando que tenía siete años de vigor para consagrarlos a la República francesa.

# La muchacha del "BESO DE MUERTE" cae en poder de la policía



Algunos de los personajes principales del tenebroso drama de Filadelfia: Rosa Carina, o «la muchacha del beso de muerte». Jorge Neumeyer, que descubrió a los criminales, Estela Alfonsi, la viuda negra más joven de las detenidas. (Viuda negra se llama la araña que se come al macho después de que la fecunda) Dora Sherman, la más vieja. Maria Gagliardi es una «bruja» que le dedica a la policía burlas como la de la foto.

TRA de las figuras más importantes del Sindicato de la Muerte, la tenebrosa organización que cometió más de doscientos asesinatos con el propósito en mientes de cobrar los seguros de las víctimas, ha sido detenida por la policía. Se trata de Mrs. Rosa Carina, conocida también por los sobrenombres de «Rosa de Muerte» y «La Muchacha del Beso de Muerte». A las cuarenta y ocho horas de que las autoridades de Filadelfia que entienden en el proceso, pidieron a los agentes federales o «G-men» que buscaran a la célebre envenenadora, Mrs. Carina caía en poder de los agentes secretos que, durante los últimos años, se han dedicado a limpiar de «gangsters» los Estados Unidos.

La mencionada femina está acusada de haber causado, por envenenamiento, la muerte de cinco personas, entre ellas tres de sus cinco maridos. Se trata de una mujer que sigue siendo bella a pesar de sus cuarenta y dos años, y que sigue «embriujando» a los hombres o, por lo menos, haciéndolos caer en las redes de sus encantos.

### Un marido que escapa de milagro

Cuando se inició la investigación actual, Mrs. Carina vivía con su quinto esposo, Isidoro Tropea, a quien, según todos los indicios, no tuvo tiempo de dar el pasaporte para el otro mundo, aunque ya había comenzado a tomar sus medidas de ese fin. Tropea está sufriendo actualmente de trastornos estomacales que se achacan a las pequeñas dosis de veneno que «La Muchacha del Beso de Muerte» le había hecho ingerir. Estaba asegurado, como sus tres maridos anteriores, y se regocija de que el seguro, en caso de su fallecimiento, pase a su hijo y no a la mujer fatídica, que hace solo unos meses lo hizo sentirse el más feliz de los mortales.

El primero y el quinto marido de Mrs. Carina, han vivido para contar la experiencia. Aquel Antonio Carbonero, se divorció de ella cuanto todavía, al parecer, no habían comenzado sus experiencias delictivas. Actualmente vive en New Sharon, New Jersey, y le da gracias a Dios por lo que considera un feliz escapada. Si llega a permanecer algún tiempo más junto a ella —dice ahora— hubiera sido uno más de los infelices cuyos restos habrían exhumado las autoridades para buscar en ellos las huellas del veneno mortífero.

### Un nido de amor que pudo ser nido de muerte

Su segundo marido fue Domingo Carina, que murió el 26 de septiembre de 1931 a resultas del veneno que la hizo ingerir la «Rosa de Muerte». Y a continuación vino su tercer matrimonio con Antonio Lisi, quien abandonó también el mundo de los vivos el 13 de junio de 1933, es decir, el día de su santo.

Pietro Stea, un tendero de Filadelfia, fue el cuarto marido de Mrs. Carina y su tercera víctima. Para deshacerse de Stea, la envenenadora se remontó a la época de los griegos y utilizó la terrible cicuta que arrebatara también la vida al filósofo Sócrates.

Tropea, el quinto marido de Mrs. Carina, teme que fuera también ese veneno el que «La Muchacha del Beso de Muerte» llevara a su sistema y le está causando sus presentes trastornos. Desde de su casa cuando los progresos de la investigación le hicieron temer que una orden de detención contra ella fuera expedida de un momento a otro.

Mrs. Carina vivía con su esposo y con el hijo de éste, Gaetano, muchacho de 8 años producto de un matrimonio anterior. Se habían casado en octubre de 1938 y habían establecido su nido —nido de muerte— en el número 2227 S. Woodstock St.

«Allí comenzamos lo que yo creía iba a ser una vida muy feliz —ha dicho el infeliz marido. No tenía la más mínima sospecha de mi mujer cuando comenzó la investigación sobre las actividades del Sindicato de la Muerte. Pero a fines de noviembre comencé a notar que Rosa no era la misma. No hablaba a la hora de la comida y siempre aparecía pensativa. Cuando retorné de mi trabajo la noche de 19 de diciembre, me encontré con que se había marchado llevándose un brillante que valía quinientos dólares y otros artículos por valor de cien más. Desde entonces no volví a saber de ella.

### El barbero a quien vencen también los encantos de la «Rosa de Muerte»

«Fue una semana después de su desaparición cuando comencé a sentir fuertes dolores de estómago. Deseo que la condenen a la silla eléctrica, pero lo primero que tengo que hacer es verme con un especialista. al vez no viviré lo bastante para regocijarme con la noticia de que ha sido electrocutada».

Ahora se ha sabido que cuando la «Rosa de Muerte» abandonó a su quinto marido, se trasladó a Lakewood, New Jersey con su hija Rita, de once años. Allí adoptó el nombre de Mary Smith y durante tres meses trabajó en una fábrica. Un día llevó a su hija a una barbería, para que le cortaran el pelo, y allí conoció al barbero Tony Madras quien, como de costumbre cada vez que la madura matrona se lo proponía, cayó en seguida en la red de sus encantos.

Cuando, el 21 de abril, se dió la orden de detención contra Rosa Carina, ésta, en unión del barbero, abandonó en un autobus la localidad y nada se volvió a saber de Mary Smith. Pero a los «G-men», que lo averiguan todo, no les fue difícil encontrarla en un departamento del Greenwich Village neoyorquino, donde vivía con Madras, que también ha sido detenido en calidad de testigo. Su hija, que también fue encontrada con ella, ha sido internada en una institución benéfica.

La femina que comparte con Mrs. Favato la distinción de ser considerada como la «viuda negra» —el nombre de la temida araña que se come al marido después que la fecunda— más temible del Sindicato de la Muerte, fue inmediatamente trasladada a la prisión de Filadelfia, para que responda a los terribles cargos que se le hacen y que, sin duda alguna la llevarán más o menos pronto a la

silla fatídica. Se creía que Mrs. Carina podía haber huido, o intentar huir, a Cuba o a Méjico, y a ese efecto se le había pedido a las autoridades de dichos países que estuvieran alerta. Pero, como hemos dicho antes, a las cuarenta y ocho horas de haber comisionado a los agentes federales que dirige J. Edgar Hoover, la captura de la peligrosa delincuente, sus movimientos todos fueron puestos en claro y la dama arrestada en las primeras horas de la madrugada del 19 de mayo.

### En 1936 las autoridades no quisieron creer las actividades del Sindicato de la Muerte

Las primeras referencias que tuvieron las autoridades acerca de las actividades del Sindicato de la muerte, vinieron a fines de 1936 de labios de John Cacopardo, pero nadie le quiso hacer caso. Cacopardo, sobrino de Paul Petrillo —primo éste, a su vez, del líder del tenebroso sindicato y vendedor de spaghetti Herman Petrillo,— estaba, al parecer, enterado de las actividades de la banda, y cuando su tío quiso envenenar a Molly Starace —una muchacha de la que el joven se había prendado— para cobrar el seguro que le había hecho a sus espaldas, fue a la casa de Molly, donde tuvo un terrible argumento con su tío en el que salió a relucir un arma que se disparó matando a la infeliz muchacha.

Cuando Cacopardo quiso dar cuenta a las autoridades y hasta a su mismo abogado defensor de la verdad de lo ocurrido, nadie creyó aquella versión fantástica en la que por primera vez salían a relucir las actividades de unos individuos que practicaban el asesinato al por mayor. Su abogado le dijo que el hecho tenía todas las apariencias de un homicidio pasional, y que juzgado como tal no lo condenarían a la silla eléctrica. Y en eso quedó, siendo Cacopardo condenado a treinta años de prisión por haberle dado muerte a Molly Starace en un arrebatado de celos.

Pero cuando se inició la investigación como resultado del caso de Ferdinand Alfonsi, Cacopardo fue escuchado, y con sus detalles ayudó no poco a las autoridades. Es posible que la muerte de su novia pueda, al cabo, ser puesta en claro, y que como resultado no tenga que cumplir los treinta años de encierro a que se le había condenado, mientras los malvados asesinos, cuyas fechorías quiso descubrir, continuaron dos años más condenando a muerte a los ciudadanos pacíficos.



**E**S muy singular que el problema indudablemente más abstruso e inusitado de cuantos he estudiado durante mi larga carrera profesional se me haya presentado luego de haberme retirado a la vida privada. Ocurrió después de haberme ido a vivir a mi casita de Sussex. En este período de mi vida, el buen Watson permanecía bastante apartado de mí. Lo más que me concedía, era alguna visita a fin de semana. Esto es todo lo que puedo decir respecto de mi cronista. Pero ahora habré de contar mi propia historia con mi llaneza habitual, explicando cada paso dado en el áspero camino cuando iba en busca de la solución del misterio de la Melena de León.

Mi casa de campo se halla situada en la vertiente meridional de los Downs, desde donde se disfruta de una vista grandiosa sobre el Canal. En este punto la línea de la costa está constituida por entero de acantilados, accesibles únicamente por un largo y tortuoso sendero, extraordinariamente escarpado y resbaladizo. Al pie de este sendero quedan un centenar de yardas de playa cubierta de guijarros, aun cuando está alta la marea. Aquí y allá se encuentran, sin embargo, huecos y depresiones que forman espléndidas piscinas, cuya agua se renueva cada vez que la marea las inunda. Esta deliciosa playa se extiende varias millas a ambos lados, excepto en un punto donde la pequeña ensenada y la aldea de Fulworth quiebran la línea.

Mi casa es solitaria. Únicamente la habito yo con mi vieja ama de llaves. A media milla de allí, se halla el establecimiento de enseñanza de Harold Stackhurst. Los Gabletes es un vasto edificio capaz para una veintena de jóvenes que se preparan para diversas profesiones. El propio Stackhurst había sido en sus tiempos conocido como buen estudiante y como excelente campeón de remo. Desde el día que me establecí en aquella costa nos hicimos buenos amigos, y él era el único con el que me hallaba en relaciones.

Hacia fines de julio de 1907 hubo un fuerte temporal, y el viento que soplabla por el Canal lanzaba las olas sobre el acantilado. La mañana del día a que me refiero, el viento se había encalmado. Era impo-

sible trabajar con un tiempo tan delicioso, y antes de desayunar salí a dar un paseo. Caminaba por el sendero del acantilado que conducía a la playa, cuando oí unas voces detrás de mí y vi a Harold Stackhurst que agitaba la mano.

—¡Qué mañana, Mr. Holmes! Ya me figuraba que saldría usted.

—Parece que va usted a nadar.

—Veo que vuelve usted a sus antiguas estrategias—dijo riendo y golpeándose el repleto bolsillo.

—Sí, McPherson salió temprano y espero encontrarle allí.

Fitzroy McPherson era el profesor de ciencias, pero que casi toda su vida se había visto atormentado del corazón, acompañada de fiebres. Era de constitución atlética, sin embargo, y sobresalía en todos los juegos que no exigían gran esfuerzo. Verano e invierno íbase a nadar, y como yo también soy aficionado a este deporte, me había juntado con él.

En aquel momento le divisamos. Un instante después levantó las manos y con un grito horrible cayó de bruces al suelo. Stackhurst y yo nos precipitamos hacia aquel sitio, y le volvimos, acostándole sobre la espalda. No podía ocltársenos que se estaba muriendo. Por un momento se iluminó su semblante con un destello de vida y pronunció dos o tres palabras, como si quisiera prevenimos de algún peligro. A mi oído sólo llegaron claramente las últimas que pronunció gritando: «la melena de león».

Aquello era totalmente incomprensible, y no obstante me era imposible dar otro valor a aquellos sonidos. Después se levantó a medias del suelo, agitó los brazos en el aire y cayó. Había muerto.

Mi compañero quedó paralizado por lo inesperado de la escena; pero yo, como puede suponerse, tenía todos mis sentidos en actividad. Evidentemente nos hallábamos en presencia de un caso extraordinario. El hombre no llevaba sino el abrigo de Burberry, los pantalones y los zapatos. Al caer, el abrigo, que sólo se había echado encima de los hombros, se escurrió, dejando el tronco al descubierto. Tenía la espalda cubierta de rayas de un rojo oscuro, como si le hubiesen flagelado con unas disciplinas, pues los inflamados cardenales le rodeaban hombros y costillas. Por la barba le chorreaba sangre, producida al morderse el labio en el paroxismo de la agonía, que, a juzgar por la mueca de dolor que descomponía su semblante, debió de ser terrible.

Yo estaba de rodillas, y Stackhurst de pie, cuando vimos una sombra cruzar delante de nosotros y a Ian Murdoch que venía a nuestro lado. Era el profesor de matemáticas, hombre alto, moreno, delgado, tan taciturno y poco sociable, que no había nadie que pu-

diera llamarse amigo suyo. Parecía vivir en alguna región elevada, entre sectores cónicos y cantidades irracionales, que apenas tenía relación con la vida. Los estudiantes le consideraban un bicho raro, y hubiera sido el objeto de burlas, pero había algo exótico en aquel hombre, que no sólo se revelaba en sus ojos negros y en su cara, sino también en cierta irritabilidad de su carácter, que bien podía calificarse de feroz. En cierta ocasión, en que le molestaba un perrito de McPherson, lo cogió y lo echó por la ventana, por cuya acción le hubiese despedido ciertamente Stackhurst de no haber sido un elemento valiosísimo como profesor. Este era el hombre extraño que ahora se hallaba a nuestro lado. Parecía sorprendido ante el espectáculo, a pesar de que el incidente del perro podía ser un indicio de poca simpatía entre el muerto y él.

—¡Pobre, muchacho! ¿Qué quieren que haga? ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Se encontraba usted con él? ¿Qué ha ocurrido?

—No, no; esta mañana he llegado tarde. No he estado todavía en la playa. ¿Qué quieren que haga?

—Puede usted ir al cuartelillo de policía de Fulworth y dar parte en seguida.

Sin añadir palabra, fué corriendo. Mi primer paso fué fijarme en si había alguien en la playa. De lo alto del sendero se dominaba en toda su extensión y estaba completamente desierta. Bajé lentamente por el sendero. Advertí barro blanco mezclado con el yeso, y aquí y acullá noté las mismas pisadas que ascendían y descendían. Aquella mañana no había bajado nadie más. En un sitio observé la huella de una mano abierta. Esto sólo podía significar que McPherson se había caído al subir. Había también depresiones redondas, que sugerían la idea de haber dado con las rodillas en tierra. Al pie del sendero se extendía la laguna que había dejado la marea al retirarse, y en cuya orilla se había desnudado McPherson. Una o dos veces, mientras registraba por entre los guijarros, encontré pequeñas extensiones de arena, en las que se distinguía la impresión de las suelas de sus zapatos y después la de las huellas de sus pies. Este último dato probaba que McPherson se había dispuesto a tomar el baño, aunque la toalla indicaba que no.

El hombre no había estado en la playa más de un cuarto de hora. Stackhurst le había seguido desde Los Gabletes; no cabía dudar de esto. Fué a bañarse y se había desnudado, como lo probaban las huellas de sus pies. Luego se había arrebujado en sus ropas, pues todavía las conservaba en desorden, y se había vuelto sin bañarse. Y la razón para este cambio de propósito era el haber sido azotado de modo feroz, y tan horrible había sido su tortura, que del dolor se había mordido el labio profundamente, quedándole sólo fuerzas para huir y morir. ¿Quién podía haber cometido la atrocidad? Cierito que en la base del acantilado había pequeñas grutas y cavernas; pero el sol, no muy alto todavía, las iluminaba; nadie podía ocultarse allí. Quedaban las siluetas distantes de la playa, pero aparecían muy alejadas para que pudiesen tener alguna relación con el crimen, y la extensa laguna donde había intentado bañarse McPherson se interponía entre él y aquellos hombres que ya empezaban

a subir por las rocas. En el mar se veían dos o tres barcas pesqueras a no mucha distancia, lo que nos permitía examinar fácilmente a sus ocupantes.

Cuando al fin volví al lado del cadáver, hallé que un pequeño grupo de gentes se habían detenido. Stackhurst seguía en el mismo sitio, y Ian Murdoch acababa de llegar con Anderson, el agente de policía, hombre de grandes mostachos, calmoso y flemático. Escuché las explicaciones, tomando notas, y me dije aparte:

—Estimaría mucho que me diese usted su parecer, Mr. Holmes. Este asunto es demasiado serio para mí.

Le aconsejé que enviase a buscar a su superior inmediato y a un médico, y le advertí también que lo dejase todo tal como estaba. Entretanto, registré los bolsillos del muerto, encontrando un pañuelo, un gran cuchillo y un pequeño tarjetero. De éste salía un trozo de papel, que desdoblé y tendí al agente, y en el que se leía, escrito con letra insegura de mujer: «Tenga la seguridad de que estaré allí.—Maudie». Me pareció que se trataba de un asunto amoroso. El policía volvió a colocarlo en el tarjetero, y lo dejó junto con los otros objetos. Después, al no hallar más indicios, dirigíme a mi casa, no sin haber antes dispuesto que se registrara bien la base de los acantilados.

o o o

Stackhurst vino a las dos horas para decirme que el cadáver había sido trasladado a Los Gablets. Trajo también algunas noticias definitivas. Como me figuraba, no se encontró nada en las cuevas de las rocas, pero había examinado los papeles del escritorio de McPherson, hallando algunos que probaban una íntima correspondencia con cierta Miss Maud Bellamy, de Fulworth. Así pudimos establecer la identidad de la autora de la nota.

—La policía tiene las cartas—explicó—. No me fué posible traerlas, pero no hay duda que se trata de unos amores serios. No veo la razón para relacionarlos con tan horrible suceso, a no ser que la dama tuviera cita con él.

—Pero parece muy raro que fuese donde acostumbrañarse ustedes—advertí.

—Ha sido una casualidad—dijo— que no hubiese varios estudiantes con McPherson.

—¿Lo cree usted casualidad?

Stackhurst frunció el ceño.

—Ian Murdoch les hizo quedarse—contestó—; quería insistir en cierta demostración algebraica. ¡Pobre muchacho, está horriblemente trastornado!

—Y sin embargo, he creído entender que no eran amigos.

—En otro tiempo no lo fueron; pero hace cosa de un año que Murdoch sostenía con McPherson la mayor intimidad. Su naturaleza no simpatizaba con nadie.

—Eso parece. Creo recordar que usted me contó algo de una disputa por unos malos tratos a un perro.

—Eso ya pasó.

—Pero tal vez dejara algún deseo de venganza.

—No, no; estoy seguro de que eran buenos amigos.

—Pues siendo así, veamos el asunto de la muchacha.

—Todo el mundo la conoce aquí. Tiene fama de ser la más hermosa, y lo es realmente, Holmes, lo bastante para atraer la atención. Yo sabía que McPherson sentía por ella cierta simpatía, pero no tenía idea de



que hubiesen llegado tan lejos como indican las cartas.

—¿Quién es ella?

—La hija del viejo Tom Bellamy.

—¿No podríamos ir a dar un paseo por Fulworth y verles?

—¿Con qué pretexto?

—¡Oh, un pretexto se halla fácilmente! Después de todo, es imposible que este pobre hombre se haya golpeado él mismo de ese modo. Alguna mano ha debido manejar las disciplinas, si es que verdaderamente se le han infligido esas heridas con semejante instrumento.

De no haber estado nuestras mentes llenas de la tragedia que habíamos presenciado, el paseo a través de los Downs, cubiertos de aromático tomillo, hubiese resultado delicioso. La aldea de Fulworth se hallaba en un semicírculo que forma la costa. Detrás del viejo caserío, se han construido varias casas modernas. Hacia una de éstas me condujo Stackhurst.

—El Cielo, como lo ha bautizado Bellamy. Es la que tiene la torre en el ángulo y el tejado de pizarra. No está mal, para un hombre que empezó sin nada...

Se había abierto la puerta del jardín de El Cielo, dando paso a un hombre. No era posible confundir aquella figura alta, angulosa y extraña. Era Ian Murdoch, el matemático. Un momento después nos cruzamos con él en el camino.

—¡Hola!—dijo Stackhurst.

El hombre hizo una inclinación de cabeza, y hubiera pasado de largo si su jefe no le hubiese detenido.

—¿Qué hacía usted ahí?—le preguntó.

El semblante de Murdoch se puso rojo de cólera.

—¡Señor, yo soy su subordinado cuando me hallo bajo su techo! Pero no creo que nadie pueda pedirme cuentas de mis acciones.

Los nervios de Stackhurst estaban excitadísimos después de todo lo que había ocurrido. De no ser así, tal vez se hubiese dominado.

—En estas circunstancias, su respuesta resulta impertinente.

—La pregunta de usted quizás merezca la misma calificación.

—No es la primera vez que observo sus rebeldías. Le ruego que disponga de su porvenir lo antes posible.

—Ya había pensado en ello. Hoy he perdido la única persona que hacía habitable Los Gablets.

Se volvió, y Stackhurst se le quedó mirando.

—¿No le cree usted un hombre insoportable?—exclamó.

Lo que me impresionó fué que Mr. Ian Murdoch aprovechara la primera oportunidad para huir. Una sospecha vaga empezaba a esbozarse. Tal vez la visita a los Bellamy diese alguna luz sobre este asunto.

Mr. Bellamy era un hombre de mediana edad, con barba de color de fuego. Parecía muy enfadado.

—No, señor, no deseo conocer más pormenores. Mi hijo—y señaló a un corpulento mocetón de rostro sombrío y adusto—piensa como yo, que las atenciones que Mr. McPherson tenía para con Maud eran injuriosas. Sí, señor, jamás se ha mencionado la palabra «matrimonio», y sin embargo, han habido cartas y citas. La muchacha no tiene madre y nosotros somos los que debemos velar por ella.

Pero su discurso se vió interrumpido por la aparición de la dama en persona.

—Ya sé que Fitzroy ha muerto—dijo.—No tema darme toda suerte de detalles.

—No hay ninguna necesidad de que intervengas en este asunto—gruñó el joven William.

La hermana le dirigió una mirada penetrante.

—Eso es cosa mía, William. Te ruego que no te metas conmigo. Al parecer, aquí se ha cometido un crimen, y si puedo ayudarles a descubrir al autor, será lo único que haré por el muerto.

Con serena atención escuchó la breve reseña que le hizo mi amigo, con lo que probó tener un carácter tan entero como grande era su belleza. Siempre recordaré a Maud Bellamy como una mujer perfecta. Según todas las apariencias, ya me conocía de vista.

—Quienes que sean los criminales, lléveles ante los tribunales, Mr. Holmes, y tendrá siempre mi ayuda.

Creí advertir que al hablar miraba a su padre y a su hermano.

—Gracias—dije.—En estos momentos tiene mu-





cita—buscó en el bolsillo y sacó un papel arrugado—, es una contestación a esta carta.

«Queridísima—decía—: En el sitio acostumbrado de la playa, el miércoles en cuanto se ponga el sol, que es el único momento que estoy libre.—F. M.»

—Hoy es miércoles, y esta noche pensaba encontrarme con él.

Le devolví el papel.

—Esto no ha llegado por correo. ¿Cómo lo obtuvo usted?

—Preferiría no contestar a esa pregunta. En realidad no tiene nada que ver con el asunto. Pero a todo lo que esté directamente relacionado con ello responderé sin reservas.

Cumplió su palabra, aunque no nos dijo nada que pudiera ayudarnos. No tenía razón alguna para creer que su novio tuviese enemigos secretos, pero admitía que ella había tenido varios admiradores.

—¿Sería indiscreción preguntar si Mr. Ian Murdoch se cuenta entre el número de ellos?

Sus mejillas se tiñeron y pareció turbarse.

—Hubo un momento en que lo creí así, mas todo cambió en cuanto supo las relaciones que existían entre Fitzroy y yo.

De nuevo la sombra que rodeaba a aquel hombre misterioso me pareció que tomaba una forma más definida. Había que estudiar bien sus antecedentes. Se registraron en secreto sus habitaciones. Stackhurst se ofreció voluntariamente a colaborar conmigo. Regresamos de nuestra visita a El Cielo con la confianza de que uno de los cabos de aquella madeja estaba ya en nuestras manos.

o o o

Transcurrió una semana, sin que las informaciones hubiesen echado ninguna luz sobre el asunto. Stackhurst había hecho averiguaciones acerca de su subordinado y se procedió a registrar su habitación, pero sin el menor resultado. Por mi parte, había repasado de nuevo todos los incidentes del suceso. Mi imaginación no podía concebir una solución para aquel misterio. Pero llegó el incidente del perro.

Mi vieja ama fué la primera que lo supo por medio de esa extraña telegrafía sin hilos con que estas gentes recogen las nuevas de la región.

—¡Es muy triste, señor, esa historia del perro de Mr. McPherson!—me dijo una noche.

Yo no suelo ser aficionado a tales conversaciones, pero aquellas palabras consiguieron despertar mi atención.



cho valor el instinto de una mujer. Usted usa la palabra «ellos»; ¿cree acaso que son más de uno?

—Yo conocía lo bastante a Mr. McPherson para comprender que era un hombre fuerte y valiente. Nunca hubiese logrado un solo enemigo infligirle tal ultraje.

—¿Podría hablar un momento a solas con usted?

—Te he dicho, Maud, que no te mezcles en este asunto—gritó el padre.

Ella me miró.

—¿Qué le vamos a hacer?

—Ahora ya debe conocer todo el mundo la realidad, así que no puede traer ningún perjuicio que hablemos de ello aquí mismo—dije yo.

Entonces hablé de la nota hallada en el bolsillo de la víctima.

—Es seguro que se presentará en el sumario. ¿Podría usted aclararnos algo?

—No veo ninguna razón para ocultar nada—contestó. —Nos habíamos prometido para casarnos, y sólo guardábamos el secreto porque el tío de Fitzroy, que es muy viejo y está a punto de morir, le hubiese heredado si se casaba contra su voluntad. No había otro motivo.

—Pudiste habérselo dicho—gruñó Mr. Bellamy.

—Ya lo hubiese hecho, padre, si usted hubiese mostrado un poco de simpatía.

—Yo protestaba de que mi hija saliera sola.

—Los prejuicios que tenían ustedes contra él eran los que me impedían hablarles claro. En cuanto a esa

—¿Qué hay acerca del perro de Mr. McPherson?

—¡Ha muerto, señor! ¡Ha muerto de pena por su amo!

—¿Quién se lo ha dicho?

—¡Pues si no se habla de otra cosa! Lo tomó tan fuerte, que durante una semana no ha querido comer nada. Hoy, dos jóvenes de Los Gablets le encontraron muerto en la playa, en el mismo sitio donde fué hallado su amo.

«En el mismo sitio». Estas palabras se grabaron con fuerza en mi memoria. Que el perro hubiese muerto era muy propio de la naturaleza fiel de estos animales; pero ¡«en el mismo sitio!» ¿Sería posible que también se le hubiese sacrificado a una rencorosa enemistad? Sí, la idea era vaga, pero ya bastaba para que algo empezara a tomar forma. Unos minutos después me hallaba camino de Los Gablets, donde encontré a Stackhurst. A petición mía mandó llamar a Sudbury y a Blount, los dos estudiantes.

—Sí, estaba tendido al borde mismo de las balsas—dijo uno de ellos. —Debía seguir la pista de su difunto dueño.

En el vestíbulo, sobre una estera, vi al fiel animal. Tenía el cuerpo rígido y estirado y los ojos muy abiertos.

Desde Los Gablets me dirigí a la balsa. El sol estaba muy bajo y la sombra de la gran roca se proyectaba en negro sobre el agua. El paraje se hallaba desierto, sin que hubiese más signos de vida. Todo el mundo sabe lo que es sufrir una pesadilla, en la que se siente la presencia de algo esencial que es lo que precisamente se está persiguiendo, pero que siempre se mantiene fuera de nuestro alcance. Esto experimentaba yo aquella tarde mientras permanecía solo en el lugar. Finalmente, volvíme, dirigiéndome hacia mi casa.

Acababa de llegar a lo alto del sendero, cuando cruzó mi mente como un relámpago lo que tan en vano y tan ansiosamente había buscado. Ya deben conocer ustedes, por haberlo dicho Watson, que yo suelo acumular noticias al parecer sin relación con el asunto tratado, que no obedecen a ningún sistema científico, pero muy útiles para mi trabajo. Mi mente era como un almacén atestado con toda suerte de paquetes, de tal modo que me hubiese sido imposible conocer ni remotamente lo que contenía. Comprendí que había algo que podía influir en este asunto, pero a pesar de que mi percepción de ello era muy vaga, al fin hallé el medio de descubrirlo. Era monstruoso, increíble, y sin embargo, resultaba una posibilidad. Ello serviría para probar todo lo demás.

En mi casita hay un amplio desván lleno de libros, donde me metí y permanecí buscando durante más de una hora. Después salí con un volumen color chocolate y plata. Busqué impacientemente el capítulo del que conservaba un recuerdo indistinto. Ciertamente era una proporción inverosímil y traída por los cabellos, y con todo, no hallé punto de reposo hasta que me hubiese asegurado que no podía ser de otro modo. Cuando me retiré a descansar era ya muy tarde, y lo hice lleno de impaciencia para poner manos a la obra.

Este trabajo sufrió una inoportuna interrupción al principio. Apenas había acabado de ingerir la taza de té del desayuno, cuando recibí la visita del inspector Bardle, de Sussex, que me miró con turbación.

—Conozco su vasta experiencia, señor—dijo—, y esto que voy a decirle, por supuesto, no tiene carácter oficial, debiendo quedar entre nosotros. Estoy desorientado en este caso de McPherson. Se trata de saber si debo arrestarle o no.

—¿Se refiere a Mr. Ian Murdoch?

—Sí, señor. Pensándolo bien, no puede ser nadie más que él. Esa es la ventaja de esta soledad. Nosotros lo circunscribimos todo a un círculo muy pequeño. Si no es él el autor, ¿quién puede serlo?

—¿Qué tiene usted que alegar en contra suya?

El había partido del mismo punto que yo. Se fundaba en el carácter de Murdoch; sus furiosos arrebatos, que se comprobaban con el incidente del perro; el hecho de haber tenido algunas diferencias con McPherson en otros tiempos.

—¿Cuál sería mi posición si le dejara escapar, con tantas pruebas como hay contra él?

Aquel hombre estaba verdaderamente preocupado. —Considere—le dije—todas las lagunas que hay en este caso. El puede probar una coartada. Había estado con sus alumnos hasta el último instante y surgió detrás de nosotros minutos después de la aparición de McPherson. Finalmente, está la cuestión del instrumento que produjo las heridas.

—No puede ser otro sino unas disciplinas o algún látigo.

—¿Ha examinado usted las señales?—le pregunté.

—Las he visto, y el doctor también.

—Pero yo las he examinado cuidadosamente con una lente. Tienen ciertas peculiaridades.

—¿Cuáles son, Mr. Holmes?

Me dirigí a mi escritorio y cogí una fotografía ampliada.

—Este es el método que empleo yo en estos casos—le expliqué.

—Ciertamente, Mr. Holmes, hace usted bien las cosas.

—Ahora bien; consideremos este cardenal que se

extiende por el hombro derecho. ¿No advierte usted nada notable?

—No, señor.  
—Por de pronto, se ve que su intensidad es desigual. De vez en cuando aparecen señales de sangre extravasada, y lo mismo ocurre con este verdugón. ¿Qué puede significar esto?

—No tengo la menor idea de ello. ¿Y usted?  
—Quizá sí, quizá no. Tal vez podré en breve ser más explícito.

—Esto es, por supuesto, una idea absurda—dijo el policía—; pero si le hubiesen aplicado una red de alambre enrojecido, estos puntos más profundos podrían representar el lugar donde se cruzaban las mallas.

—Es muy ingeniosa esta comparación. ¿Y si supusiéramos que son unas disciplinas de nueve ramales con pequeños nudos?

—¡Por Júpiter, me parece que ha acertado usted!  
—Y puede haber otras causas muy distintas, Mr. Barle, pero su aseveración tiene poca fuerza para justificar un arresto. Además, tenemos estas dos palabras: «melena león».

—Me he preguntado si Ian...  
—Sí, ya lo he pensado. Si la segunda palabra hubiese tenido algún parecido con Murdoch... pero no hay tal. Lo pronunció casi con un alarido. Estoy seguro de que es «melena».

—¿No halla usted otra alternativa, Mr. Holmes?  
—Tal vez sí; pero no quiero hablar de ello ahora.

—¿Y cuándo será eso?  
—Dentro de una hora... tal vez menos.  
El inspector me miró con ojos dubitativos.

—Me gustaría poder ver lo que tiene usted en su mente, Mr. Holmes... Es posible que sean aquellos barcos.

—No, no; estaban demasiado lejos.  
—Pues, entonces, quedan Bellamy y su hijo. No se mostraban muy afectuosos con Mr. McPherson. ¿No cree posible?

—No, no me sacará usted nada hasta que todo esté dispuesto—le dije sonriendo.—Ahora, inspector, tanto usted como yo tenemos mucho que hacer. ¿Si quisiera venir a verme a mediodía!...

Habíamos llegado a este punto, cuando tuvo lugar la tremenda interrupción que había de ser el principio del fin.

La puerta de la calle se abrió bruscamente, se oyeron pasos confusos en el pasillo, y Ian Murdoch entró en la habitación tambaleándose, pálido, las ropas en desorden, agarrándose a los muebles. «¡Aguardiente! ¡Aguardiente!», dijo sin aliento, y se cayó sobre el sofá.

No estaba solo. Detrás de él llegó Stackhurst, casi en el mismo estado que su compañero.

—¡Sí, sí, aguardiente!—exclamó.—Este hombre está en las últimas. He hecho todo lo posible por traerle hasta aquí.

Medio vaso de tan fuerte bebida operó un cambio maravilloso. Se levantó sobre un brazo y se quitó la americana.

—¡Por Dios, pónganme aceite, opio o morfina!—gritó.—¡Algo para calmar esta angustia infernal!

El inspector y yo dimos un grito ante aquel espectáculo. Cruzando el hombro desnudo se veían aquellas rayas rojas, en forma de red, señal de la muerte de Fitzroy McPherson.

El dolor era evidentemente terrible y algo más que local, pues la respiración del paciente se paralizó durante unos momentos. Se vertió más aguardiente en su garganta, y cada nueva dosis le devolvía a la vida. Compresas de algodón hidrófilo empapadas de aceite vegetal parecieron mitigar el dolor de tan extrañas heridas. Al fin dejó caer la cabeza pesadamente sobre la almohada. La naturaleza, agotada, se había refugiado en sus últimas reservas de vitalidad.

Interrogarle resultaba de todo punto imposible; mas en cuanto nos tranquilizamos un poco acerca de su gravedad, Stackhurst se volvió hacia mí.

—¡Dios mío!—exclamó.—¿Qué es esto, Holmes? ¿Qué es esto?

—¿Dónde le encontró usted?

—Abajo, en la playa. Exactamente en el mismo sitio donde murió el pobre McPherson. Si el corazón de este hombre hubiese sido delicado, como el del otro, a estas horas no viviría. Mientras le traía creí que expiraba.

—¿Le vió usted en la playa?

—Me paseaba por el acantilado, cuando oí su grito. Se hallaba al borde del agua dando traspiés como un beodo. Bajé corriendo, le cubrí con algunas ropas y le subí. ¿No puede usted hacer nada por nosotros.

—Me parece que sí, Stackhurst... ¡Véngase conmigo! ¡Y usted, inspector, venga también! Vamos a ver si podemos entregarle al asesino.

Dejando al hombre desmayado en manos de mi ama de llaves, nos dirigimos los tres hacia el mortífero lago. Sobre los guijarros había un montoncito de ropas y toallas dejadas por el herido. Lentamente recorri la orilla del agua. La mayor parte de la charca



era poco profunda, pero debajo de la roca había un hueco que tendría unos cuatro o cinco pies de profundidad. Aquí es donde naturalmente venían los nadadores. Sobre ella se elevaba una hilera de rocas en la base misma del acantilado, y yo la seguí a lo largo. Había llegado a lo más profundo de la laguna, cuando mis ojos encontraron lo que buscaba, y prorrumpí en un grito de triunfo.

—¡Cyanea!—exclamé.—¡Cyanea! ¡Miren la Melena de León!

El extraño objeto que señalaba yo parecía verdaderamente un puñado de pelos revueltos arrancados de la melena de un león. Sobre una roca que debía estar a unos tres pies bajo el agua, se balanceaba un animal peludo y tembloroso, que entre sus crenchas amarillas tenía mechones plateados. Palpitaba con lenta dilatación y contracción.

—¡Ya ha hecho bastante daño! ¡Sus momentos están contados!—grité.—¡Ayúdeme, Stackhursts! ¡Acabemos para siempre con este asesino!

Precisamente en la orilla misma había un gran pedrusco, y lo empujamos hasta que cayó con un tremendo ruido en el agua. Cuando volvió a aquietarse la superficie del líquido, vimos que había quedado encima del banco roquizo del fondo. Un trozo de membrana amarilla que se agitaba era lo que quedaba de nuestra víctima. Por debajo de la piedra rezumaba una espuma aceitosa.

—¡Bueno, esto me intriga!—exclamó el inspector.—¿Qué era, Mr. Holmes? Yo he nacido y me he criado en este país, y nunca he visto una cosa semejante. Esto no es propio de Sussex.

—Mejor para Sussex—advertí.—Debí arrastrarlo el temporal de Sudoeste. Volvamos a mi casa y les haré ver la terrible experiencia de uno que tuvo razones para recordar su encuentro con este peligro de los mares.

o o o

Quando llegamos a mi despacho hallamos a Murdoch tan repuesto que ya podía sentarse. Con palabras entrecortadas explicó que no tenía la menor idea de lo que había ocurrido, excepto de los terribles dolores que le habían acometido súbitamente.

—Aquí hay un libro—dije, cogiendo un tomo pequeño—que fué lo que llevó la primer luz a lo que estaba destinado a no salir de las tinieblas. Es el *De puertas afuera*, del famoso observador J. G. Wood. El propio Wood estuvo a punto de perecer a causa del contacto con este ser perverso. El nombre de este animal es Cyanea Capillata, y puede ser tan peligroso para la vida y mucho más doloroso que la mordedura de la cobra. He aquí un resumen de ello.

»Si el bañista viese una masa redonda y suelta de membranas y fibras leonadas, algunas de ellas grandes como puñados de pelos de la melena del león con tiras plateadas, que se guarde bien, porque es la terri-

ble Cyanea Capillata. ¿Podría describirse con más claridad nuestro siniestro amigo?

»Continúa hablando de su encuentro con una de ellas mientras nadaba en la costa de Kent. Notó que este ser irradiaba filamentos casi invisibles a una distancia de cincuenta pies, y que todo el que se hubiese hallado en aquel círculo hubiese estado en verdadero peligro de muerte. Aun a distancia, los efectos fueron casi fatales para el propio Wood. Los incontables hilos producen unas rayas de un rojo vivo sobre la epidermis, que si se examinan atentamente, se ve que en el espacio de un minuto se resuelven en pústulas, cada una de las cuales parece una aguja enrojecida que se dirige directamente a los nervios.

»El dolor local (según explica) es el menos sensible de tan refinado tormento. Sentía tal angustia en el pecho, que me hacía caer como herido por una bala de cañón. Las pulsaciones cesaban, y entonces el corazón daba seis o siete saltos, como si quisiera abrirse camino a través del pecho.

»Por poco muero a consecuencia de esto, a pesar de haber sufrido su contacto en las revueltas aguas del Océano y no en las tranquilas y escasas de una piscina. Dice que después apenas se reconoció al verse tan pálido, demacrado y con el rostro contraído por el sufrimiento. Se bebió una botella entera de aguardiente, y esto parece que fué lo que le salvó la vida. Aquí está este libro, inspector. Se lo dejo, seguro de que en él hallará usted toda la explicación de la tragedia del pobre Mr. McPherson.

—Y de paso servirá para probar mi inocencia—dijo Ian Murdoch con una extraña sonrisa.—No se lo reprocho, inspector, ni a usted tampoco, Mr. Holmes, porque sus sospechas eran muy naturales. Comprendo que sólo he podido justificarme compartiendo la misma suerte de mi pobre amigo.

—No, Mr. Murdoch. Yo estaba ya sobre la pista, y puse manos a la obra en cuanto comprendí que podía salvarle.

—Pero ¿cómo lo supo usted, Mr. Holmes?

—Soy un lector omnívoro y poseo una especialidad para retener en la memoria las cosas insignificantes. La frase «Melena de León» me tenía obsesionado. Recordaba haberla visto en alguna parte de algún texto. Ya ha visto usted cómo describe Wood a este bicho. No me cabe la menor duda de que flotaba por el agua cuando la vió Mr. McPherson, y su frase era la única con que pudo advertirnos la presencia del animal.

—Ahora, al fin, estoy justificado—dijo Murdoch, levantándose lentamente.—Necesito dar una explicación, pues yo conozco la dirección que habían tomado sus pesquisas... Es cierto que yo quería a esa dama, pero desde el día mismo que supe que había elegido a mi amigo McPherson, mi único deseo fué ayudarles a conseguir su felicidad. Ella no quiso hablarle de esto, señora, porque usted hubiera podido desaprobarme. Pero ahora, con el permiso de ustedes, voy a tratar de marcharme a Los Gabletes, pues la cama me vendrá muy bien.

Stackhurst le tendió la mano.

—Nuestros nervios han estado a una tensión extraordinaria—le dijo.—Perdone lo que ya pasó, Murdoch.

Salieron cogidos del brazo, como dos buenos amigos. El inspector permaneció mirándome con sus ojos bovinos.

—¡Se ha excedido usted!—exclamó al fin.—Ya había leído cosas de usted, pero nunca llegué a creerlas. ¡Es admirable!

Me vi obligado a sacudir la cabeza.

—Al principio tuve una calma muy censurable. De haberse encontrado el cuerpo en el agua, difícilmente hubiese dejado de descubrirlo en seguida. La toalla fué la que me desvió. El desgraciado no pensó siquiera en secarse, y esto, en cambio, me indujo a creer que no había entrado en el agua. Pero, entonces, ¿cómo no se me ocurrió que pudiese ser debida la muerte al ataque de algún animal acuático? Esto fué lo que me desvió. Vaya, vaya, inspector, muchas veces me he permitido burlarme de los señores de la policía, pero la Cyanea Capillata ha estado a punto de vengar a Scotland Yard.

## MUY BREVES

### FILOSOFIA

Dos obreros miran operar a una inmensa pala mecánica que mueve 50 toneladas de tierra de una vez.

—Fíjate, dice uno, si no fuera por esta maldita máquina, cien obreros estarían trabajando con sus palas.

—Seguro, respondió el otro, y si no fuera por nuestras palas un millón de obreros podrían estar trabajando con cucharillas de te.—(Christian Century).

# Tiene un padre el derecho de matar a un hijo por ser imbecil. ?



Un jurado de NEW YORK ha reconocido ese derecho a Mr Luis Greenfield. por el Dr Julio Cantala exclusivo

Arriba, los padres del hijo imbecil y paralítico. Abajo, otros que han practicado la eutanasia en los EE. UU.

**P**OR largo tiempo he sentido una voz misteriosa que ordenaba matar... Durante 16 años, he tenido delante de mí, el espectro de un fantasma cristalizado en la persona de mi hijo imbecil y casi paralítico. Hijo único que al nacer, se convirtió en un martirio continuo en nuestro hogar... Ante este sufrir constante, sólo la muerte de mi retoño podría traer el reposo para él y la tranquilidad para nosotros...

## EL MARTIRIO DE UN HIJO IMBECIL

La voz templorosa de Luis Greenfield, vertía esta oración tétrica delante de un Jurado convocado por el «Bronx County Court» de Nueva York el día 11 de este mes. El reo, modesto comerciante en tejidos, respondía ante las preguntas aprisionadoras del Distrito que intentaba declarar a Luis Greenfield culpable de un homicidio de primer grado...

Largos años de sufrimientos fueron los que pintó en su defensa ese reo «eutánico». Un hijo que por circunstancias desconocidas para la ciencia, nació con una atrofia del cerebro. Los sinsabores para sacar adelante este engendro orgánico, fueron coronados más tarde con un constante padecer... El niño con la mitad del cuerpo paralizado, era un fragmento de carne que había que alimentar como si fuera un animal sumido en el sopor. Sus secreciones inundaban la cama de detritus. Su voz apenas se entendía. Sólo había llegado a articular unas cuantas palabras que no coordinaban una oración. Así se pasaban los días, los meses y los años, hasta que un día Luis Greenfield empezó a oír dentro de su conciencia una «voz misteriosa» que le ordenaba matar a su hijo para librarle de tan magnos sufrimientos...

El modesto comerciante sin duda que respondía ante un fenómeno de «reacción automática» digno de ser descrito por Pavlov.

## BACON Y NAPOLEON

Sentía esa voz secreta no obstante el ignorar la ley de Esparta que ordenaba exterminar a todos los niños que nacieran anormales. Tampoco conocía aquella famosa sentencia de Bacon que decía: «El deber del médico es mitigar el dolor aunque tenga que enviar al enfermo al otro mundo...» Tampoco había oído hablar de cierto comentario de Napoleón que favorecía la muerte de los heridos graves después de una batalla...

En una palabra, Greenfield no conocía la «eutanasia» y sin embargo, por un fenómeno de automatismo la hizo realidad aplicando una fuerte dosis de cloroformo a su hijo...

—Yo sé que la Ley ordena el «no matar»—decía el reo—pero esa voz que me ordenaba finalizar los sufrimientos de mi hijo, se hizo más fuerte cuando vi la película titulada «Murder by the Clock» en la que un joven degenerado comete crímenes impulsado por la sugestión de otro hombre más fuerte... Desde entonces, me aterrorizó el futuro de mi muchacho y el día 12 del pasado mes de enero, mientras el enfermo permanecía acostado en mi cama, le hice respirar un pañuelo impregnado de cloroformo que le sepultó en el sueño eterno...

Una hora tomó el Jurado en deliberar. La representación del pueblo, estaba formada por siete hombres y seis mujeres que en corto tiempo declararon a Greenfield «inocente»... Nueva York, entonces empezó a comentar estos hechos sociales y de nuevo se puso sobre el tapete el problema de la «eutanasia»...

## DISTINGO ENTRE EUTANASIA Y MUERTE TERAPÉUTICA

La Revista «Colliers» en su número de la segunda semana de mayo, analiza el problema con un artículo cuyo autor es el doctor Foster Kennedy, Jefe del Servicio de Neurología en el «Bellevue Hospital». En este artículo, se plantea el problema de una forma bastante equilibrada. El autor, no acepta en principio la «eutanasia» ni aun en esos casos llamados incurables, cuya dolencia ha sido contraída por un organismo sano. Se basa esta idea en el hecho de que el adjetivo «incurable» es muy relativo, ya que la ciencia en su avance moderno, podría curar mañana, lo que no puede aliviar hoy. Además, existen muchísimos enfermos en los cuales por reacciones de la naturaleza o por fenómenos desconocidos, el organismo después de permanecer «incurable» durante largo tiempo, un día «se mejora» por un paso de espontaneidad biológica. En cambio el doctor Kennedy, favorece la «muerte terapéutica» y en los ya nacidos como engendros o sea en esos «fenómenos» que llenan los Asilos Infantiles y para los que no existe ni la menor esperanza de entrar en el terreno de la normalidad orgánica. El autor al fin de aclarar sus aserciones, cita varios casos, entre los cuales se destacan, los afectados por parálisis consecutivas a ciertas infecciones. En no pocos de estos casos la ciencia sólo puede luchar con elementos terapéuticos, muy relativos. Pero ocurre que a veces cuando ya tenemos pérdidas todas las esperanzas, el paciente inicia una reacción favorable y el organismo vuelve a la normalidad, sin duda impulsado...

do por aquello que Hipócrates llamaba «fuerza orgánica medicatriz»...

## EN EL PARLAMENTO INGLES

En Inglaterra, en noviembre del año 1935, se suscitó un agrio debate a consecuencia de la actuación de cierto galeno cuyo nombre fué ocultado por la prensa y las autoridades, pero que hizo que el Gobierno estudiara una Ley para la posible aprobación de la «eutanasia». En aquellos días el «Daily Mail» se acercó al citado facultativo, el cual hizo las siguientes declaraciones: «He quitado la vida a cinco incurables, dos de ellos niños recién nacidos, un idiota y otro sin bóveda craneana. Los otros tres padecían de dolencias incurables que les tenían sumidos en los profundos dolores... He obrado así, por sentimientos humanitarios. La recompensa de mi acción, aún la siento al recordar la sonrisa de agradecimiento de estos tres últimos enfermos, al ver que les libraba de sus martirios. Creo que mi actuación es honrada y estoy dispuesto a defenderla delante de cualquier Tribunal...»

Este movimiento de prensa creó en Inglaterra un proyecto de «bill» que dos años más tarde fué rechazado por el Parlamento no obstante tener a su favor figuras eminentes como Lord Moynihan (uno de los más notables cirujanos del Imperio), el Dean de la Catedral de San Pablo, el Reverendo Robert Matthews con su antecesor el Dean Inge (o «gloomy» Dean como los periodistas le titulan), el profesor Creech de la Universidad de Cambridge, el profesor Rilleston presidente del Real Colegio de Médicos, Sir J. Buchanan, vicepresidente del Comité de Higiene de la Liga de las Naciones y el famoso Julian Huxley que es el escritor científico más leído en todo el mundo.

## LA OPINION PUBLICA Y LA CIENTIFICA EN LOS EE. UU.

En Estados Unidos, el «Institute of Public Opinion» hizo un análisis en el año 1937 sobre este problema y llegó a la conclusión numérica de que el 46 por ciento de la población está en favor y el 54 en contra del ejercicio de la «eutanasia». Estas cifras más detalladas, demostraron que los Estados del Pacífico estaban en favor y los del Atlántico en contra. Las personas maduras opuestas y la juventud enfrente de éstas por una mayoría considerable.

En las esferas profesionales de los Estados Unidos, el sentir general también está en contra de estos procedimientos. En esos días del año 1935, cuando Inglaterra estudiaba la legalización de la «muerte por piedad», varias figuras eminentes en la profesión médica vertieron declaraciones definitivas. Por ejemplo el doctor Morris Fishbein, Director del «Journal of the American Medical Association», dijo: «Ningún país civilizado puede permitir la muerte a no ser en defensa propia». El doctor Brancroft, Director del Comité neoyorquino para la lucha en contra del Cáncer manifestó: «Nadie puede decir de manera exacta lo que es una enfermedad incurable...» Sólo vibró en tono diferente, la voz del doctor Carrell, el notable mago del Instituto Rockefeller, y Premio Nobel en Medicina. «Los prejuicios de carácter sentimental—dijo el maestro—no deben de sobreponerse a la marcha de la civilización. En mi opinión, deben de eutanasarse, no sólo los incurables, sino los delincuentes crónicos, ladrones, criminales y los locos que no exhiban una esperanza de alivio...»

En Nueva York funciona una sociedad en favor de la eutanasia, con unos cuantos miles de miembros, cuya acción no pesa sobre las esferas sociales y gubernativas. En Inglaterra se ha hecho público que Bernard Shaw acaba de hacerse miembro de la Sociedad Eutánica bajo la condición explícita y clara de que no le apliquen a él los procedimientos eutánicos. El sentir neoyorquino es sin duda en contra de estos procedimientos, pero en el caso de Luis Greenfield, las seis damas que componían el Jurado vertieron lágrimas al escuchar la vida mísera del acusado. El juicio empleó sólo dos sesiones. La deliberación una hora... El Jurado unánimemente calificó al reo como inocente... es decir, que el sentir fué «eutánico».

Si todos los padres que tienen un hijo un «poco idiota» les estuviera permitido la «muerte terapéutica», habría que matar al noventa por ciento de la juventud presente...

ralla, donde se instaló de punta a cabo de la misma una larga e interminable mesa, espléndidamente servida con viandas, dulces y vinos de los mejores de España y Cuba, en un banquete ofrecido a los que

# LA CALLE DE MURALLA

POR  
FEDERICO  
VILLOSA



VIEJAS POSTALES  
DESCOLORIDAS

**H**ABLANDO de ella dice Cirilo Villaverde en su nunca bastante elogiada novela criolla «Cecilia Valdés»: «Comenzaba la tarde en uno de los últimos días del mes de octubre. Subían y bajaban—fijarse decimos; bajaban y subían—muchos carruajes, carretones y carretas la angosta calle de la Muralla, tal vez la de más tráfico en la ciudad, por ser la más central, y estar toda poblada de tiendas de varias clases... No pocas veces chocaban unos contra otros los carruajes y obstruían el paso por largo rato... En la tarde de que hablamos, ocurrió una de esas frecuentes colisiones, entre un quitrín, ocupado por tres señoritas, que bajaba, y un carretón, cargado con dos cajas de azúcar que subía. Chocaron con fuerza los cubos opuestos de ambos vehículos, de cuya resultas el del segundo levantó la rueda del primero y se entró por sus rayos, rindiendo uno. Del choque, los dos carruajes quedaron casi de través en la calle: el quitrín, con la zaga hacia la puerta de la sastrería de Uribe, donde penetró la cabeza de la mula del carretón. El carretonero, que venía sentado a la mujeriega en una de las cajas de azúcar, con un zurriago en la mano derecha, perdió el equilibrio, y dió en el lodo y piedras de la calle un terrible costalazo».

«Y este hombre africano de nacimiento, lo mismo que el otro, mulato de la Habana, en vez de acudir cada cual a su vehículo respectivo, a fin de deshacer el enredo, se embistieron mutuamente con atroces maldiciones y denuetos, y ciegos de furor salvaje... En vano las señoritas del quitrín, muy sobresaltadas, pusieron el grito en el cielo, y la mayor de ellas amenazó repetidas veces al calesero con un fuerte castigo, si no desistía de la riña y atendía a los inquietos caballos. Pero los combatientes, en su furor y en la lluvia de zurriagazos que se descargaban no oían palabra. Luego los españoles de las tiendas y los oficiales de las sastrerías, todos asomados a las puertas, en mangas de camisa, aumentaban el ruido y la confusión, con su vocería y sus risotadas, señales ciertas del júbilo con que presenciaban el combate». Esto se vió después repetido en época contemporánea, con los carretoneros que arreaban sus mulas entre ensordecedora gritaría, salpicada de frases mal sonantes, camino de la Estación del Ferrocarril de Villanueva, unas cuantas más arriba; hasta que en tiempos del Alcalde reformista don Segundo Alvarez, fué prohibido, so pena de multas severísimas.

En vista de éste y otros parecidos incidentes, al fin los Ayuntamientos tomaron el acuerdo de designar como calle sólo de subida, o de bajada, algunas de aquellas antiguas, que por su estrechez no permitían el doble tráfico de vehículos; y entre ellas fueron las primeras en adaptarse a esa disposición, las de Muralla, Teniente Rey y Obrapia, que se declararon de subida; y las de Amargura, Lamparilla, Luz y Sol, de bajada. Fué entonces cuando la calle de la Muralla empezó—es un decir—a «civilizarse» y ser una de las de mayor auge e importancia social y comercial de nuestra urbe. Llamóse esta calle en un principio, de la Muralla, por que iba a dar a un bastión de la que en un tiempo ceñía a la ciudad, levantándose en el sitio en que terminaba la calle una gran puerta llamada la «Puerta de Tierra». Después, cuando todo aquello desapareció, los que tienen el gusto pueril de aplicarle a los sucesos ciertos juegos de palabras, le conservaron el nombre de Muralla, porque aquella calle era, según ellos, «una de las más firmes con las que en Cuba contaba el patriotismo hispano». Un tiempo se le llamó también la del Conde de Ricla, uno de nuestros Capitanes Generales; pero apenas éste depuso su mando y se volvió a la Península, el pueblo siguió llamándole, y le llama aun, calle de la Muralla.

No es hora aun de recitar el «Esto Fabio, ¡oh dolor!», de Rodrigo Caro, ante las ruinas de la famosa Itálica; pero sí de considerar, con no disimulada pesadumbre, el más efecto que nos causa la calle de la Muralla del presente, comparada con aquella de ocho, o diez, o más años antes, que tanto enorgullecía y regocijaba a los vecinos de San Cristóbal de la Habana. Cuando los pasajeros de un vapor de tránsito desembarcaban, por breves momentos, en un puerto de importancia, para conocer a vista de pájaro una ciudad, los cicerones y guías suelen llevarlos de primera intención a las calles y sitios más destacados de aquella; y aquí—hasta hace pocos años—eran las primeras que recorrían, las de Muralla y Obispo; y acaso sean hoy las últimas que visiten y conozcan, ya de retirada, según la poca importancia que se les concede al comparárlas con otros sectores de la ciudad en los que el progreso se ha manifestado con mayor fuerza: nos es tan querido el recuerdo de esas calles a los descoloridos del tiempo viejo, a pesar de todo, que cuantas veces, por azar, las recorremos, gratas y alegres remembranzas palpitan en el fondo de nuestros corazones...

Los muchachones que entonces teníamos de ocho a doce años, no podemos olvidar aquel espectáculo que, con motivo de las fiestas de la «Paz del Zanjón», en 1878, se ofreció a lo largo de toda la calle de la Mu-

días antes habían sido irreconciliables enemigos en los campos de batalla, confraternizando del modo más íntimo y sincero los valientes soldados de Maceo y Máximo Gómez, con los de Martínez Campos y demás generales españoles. Allí el sabroso lechón asado a la criolla, junto a la suculenta paella valenciana; allí el rústico casabe, pan de la manigua, junto a la bien elaborada hogaza con la perfumada harina de Castilla; el rico boniato asado en cantidad fabulosa, compartiendo el gusto de los comensales con la sabrosa batata malagueña; y el vino de Cataluña, y el de Andalucía, y el de Galicia, y el de Aragón, corriendo en río desbordado; y confundiendo sus aromas con el del sin igual y único ron de Oriente; y cruzándose de una y otra banda de la mesa, las cadenciosas peteneras andaluzas con las dulces y melancólicas guajiras criollas. Por una y otra acera iban y venían los curiosos visitantes y los comisionados organizadores de la fiesta, atentos a guardar el orden y a las demandas de los comensales...

De paso a veces por esta calle de la Muralla, ha venido a nuestra memoria este confuso recuerdo de cuando apenas contábamos doce años, viéndonos entre aquellos curiosos que aquella noche del banquete contemplaban la cena fraternal de los que por espacio de diez años habían sido enemigos declarados e irreconciliables. ¿Qué sentimientos se reflejaban en sus rostros? En aquel momento, al menos, brillaba en ellos una cierta luz de esperanza, reflejo del ansia de emprender una fructífera senda de trabajo, echando a un lado las enemistades y recelos que los había mantenido separados tanto tiempo. La más franca expansión corría a lo largo de aquellas infinitas mesas, unidas unas a otras a todo lo largo de la calle. Aquel banquete era, como dijimos, uno de los números del pro-

grama combinado para celebrar los «Festejos de la Paz del Zanjón». Se cumplieron todos los números, menos uno: el más importante; y volvimos a «empezar». De entonces parece que nos acostumbramos a no cumplir ni respetar ningún programa; y estamos, y vivimos, «empezando siempre».

Los diez y siete años de paz y trabajo que siguieron a aquel noble acto de confraternidad, se hicieron notar con elocuencia en el desarrollo de la calle de la Muralla. En ese periodo alcanzó su mayor auge y renombre. Puede decirse que el espíritu de la Colonia palpitaba en la calle de Ricla, Obispo, Mercaderes, Oficios y Monte, tuvieron siempre un mercado aspecto cosmopolita; pero Muralla fué por el contrario una calle pura y netamente española; y para serlo, albergó por larga fecha en su seno al DIARIO DE LA MARINA, de cuyos directores mientras estuvo en ella se recuerdan a don Isidoro Araujo de Lira y a don Luciano Pérez de Acevedo. Las tropas de desembarco remontaban generalmente por Muralla hacia sus cuarteles. Su proximidad a los muelles y a la Aduana, le ofrecía a los pasajeros de los trasatlánticos el más cómodo y próximo pasillo para adentrarse en la ciudad. Obispo ha tenido siempre algo de neoyorquino en la distribución y arreglo de sus establecimientos, sus vidrieras a lo Broadway, sus grandes tiendas de moda a lo Quinta Avenida, sus diminutos salones de limpiabotas a lo calle 42 y sus anexas. En Muralla la tienda es grande, espaciosa; el mostrador es de madera, sólido, y poco artística y casi descuidada la vidriera. El escritorio amplio y a la vista; mitad de almacén al por mayor; mitad, de banco para descontar libranzas y negociar pagarés. En Obispo todo es pequeño, reducido; diríase que el terreno se ha medido por cuartas—no necesita más para los giros a que corrientemente se dedica: libros, quincalla, joyas, juguetes, óptica—; en Muralla es grandote; se ha medido por metros: los almacenes de paños, por lo general allí establecidos, necesitan esos amplios espacios para moverse con comodidad.

Se recordarán, entre los más antiguos y populares (Continúa en la página VEINTITRES)



La época ridícula y magnífica de 1900

por Eduardo Avilés Ramírez

Y cómo Max Pripper veía el Music-Hall de la época.

**L**A Exposición Universal. El «affaire» Dreyfus. Sarah Bernhardt. La Torre Eiffel. Los primeros automóviles. Anatole France en mitad de su gloria. El Presidente Loubet con sus zapatos de botoncillos y su cuello duro. La Bella Otero y sus diamantes. Barrés y sus «catedrales». Zola redactando el «J'accuse» y expatriándose al brumoso Londres. Lucien Guitry en las piezas de Curel. Clemenceau y Waldeck-Rousseau dirigiendo la política con mano dura... y elástica al mismo tiempo. En las fachadas de los edificios, el horrible «modern style».

Muchas calumnias sobre 1900. — De 1900 eran Rodin, Cézanne, Clemenceau, Jaurès, Debussy, Renoir, Gide, Valéry, Gauguin, Sarah Bernhardt, Proust, Claudel. — Como el hombre, una época es siempre decadente y viril. — Cerremos los ojos delante de los pecados y amemos sus virtudes.

Las damas con grandes sombreros cargados de pájaros multicolores, de cintajos, de velos que les caían hasta los pies, de zapatos que les subían hasta la rodilla, arcastrando una cola-escoba que daba la idea del esmerpento. Y los elegantes del boulevard con levita cola de pato, chaleco de colores chillones, sombrero de

copa, bigotes, grasosos, pantalón estrecho y corbata de plastrón.

Esa es la imagen que nos hacemos, los que buscamos en la crónica de 1900, del París de 1900. Mucho music-hall, mucho french-cancan, mucho bastón, muchos botoncillos en los zapatos, muchas flores en la «boutonnières», y en el fondo mucha ingenuidad, el todo embarcado en landeaux, en coches, en berlinas, en fiacres tirados por caballos de estampa, con cocheros de sombrero alto en el pescante y de fusta chasqueante en alto.

Cléo de Mérode y sus «bandeaux», la raya del peinado en medio. La última vez que la vi, en el viejo Alcázar, sin voz, con sus mismos «bandeaux», con su mismo perfil de medalla, me dió tristeza. Me dió la sensación exacta de esas estrellas que están ya borradas del planisferio, y que de pronto aparecen, como por milagro, entre dos nubes, para no volver a aparecer jamás. Creo que eso pasaba hace tres años. Desde entonces sólo vuelve al recuerdo de los que nos detenemos un instante en el camino para echar una ojeada atrás...

Y Polaire. Y Réjame. Y Boldini. Y Coquelina. Y Jean Lorrain...



Lo que veía un fotógrafo anónimo de 1900, bajando al aire libre.

ocultan al genio de la época, a la creación perenne de 1900. Nuestra época también es genial, y también está cubierta con un velo de mentecatas y de tonterías, de vaciedades y de idioteces. Dentro de treinta años los Paul Morand dirán que 1970 comprende bien 1939, pero que 1939 no hubiera comprendido nunca a 1970. ¿Y cómo lo sabrán ellos?

o O o

Hace pocos días, en la Promenade des Anglais, de Niza, encontré sentada en una mesita y abrigándose del sol con una sombrilla rosada, a Marie Leconte, gran artista de la Comedia Francesa en 1900, recitadora de Verlairen y de Montesquieu. El amigo que me acompañaba se detuvo a saludarla, ella lo invitó a sentarse. Mi amigo le dijo que estaba acompañado.

—Invite también a su amigo...

Pues bien, Marie Leconte, esa mañana, a la sombra del horrible Casino alzado con el horrible estilo 1900, habló de Clemenceau y de Jaurés, de Rodin y de Cézanne, de Proust, de Debussy, y yo me decía que los genios franceses de los cuales vive el mundo —sin ninguna exageración— en la boca de Marie Leconte, que los conoció a todos, resultaban incomparables y tomaban una revancha escandalosa sobre el estilo del Casino y sobre los zapatos llenos de botoncitos de Loubet.

—No hay ningún Jaurés en esta época—decía la gran artista. —Su discípulo Blum resulta una niña tímida al lado de aquel tigre real.

Me impresionaron esas palabras, y por eso las recuerdo aquí. Jean Jacques Brousson le contestó:

—En efecto, Jaurés no era un tigre de tapicería. Sus rugidos aun se dirían asustar nuestros oídos. Era el Balzac de la tribuna política e indudablemente es uno de los hombres que hacen impercedera la época conocida con el nombre de «1900». Yo nunca he sido socialista... Lo que no me impide reconocer que Jaurés no era un tigre de tapicería...

o O o

No, no estoy aquí defendiendo a 1900.

Más que nadie, yo me siento un hombre de mi época, y quizás hasta del mañana.

Pero el panfleto de Paul Morand, pero las otras diatribas a lo Morand que andan por ahí fabricando malquerencias contra la época de 1900, tienen su contrapartida, densa de resultados. Casi se puede decir que las grandes revoluciones espirituales son hijas de 1900. En todo caso la revolución del cubismo si lo es, así como la revolución musical, pues Picasso y Debussy andaban ya con el alma loca de novedades cuando el Presidente Loubet no había salido aun del Elíseo, y Apollinaire preparaba ya sus «Alcoholes».

Y, repito, conste que ésto no es una defensa de 1900, sino una tímida tentativa de rectificación, de aclaración sobre un sujeto discutido dentro del cual todo el mundo toma posición. Y creo que podemos concluir así: la época 1900 era ridícula y magnífica, mediocre y grandiosa. Era, por lo tanto, humana. Probablemente como la nuestra, que no podemos juzgar porque nos falta la distancia, vara de medir con la cual podemos juzgar la de 1900.

(Y en el alma está cantando el «Danubio Azul»...)

#### PENSAMIENTOS

O hay muchacha inteligente que rechace una propuesta de matrimonio hasta que no tenga segura otra mejor.

Cuidate del hombre casado que quiere parecer feliz.

Si no fuera por los tontos que hay en este mundo, los inteligentes se verían obligados a buscar algún trabajo honrado.

Cuando la esperanza mira para atrás se torna en recriminación.

Hay una cosa segura en apostar y es la posibilidad de perder.

Sea Ud. bueno y será feliz... tal vez.

No es tan dura, después de todo, una disputa de un marido con su mujer, todo lo que tiene que hacer es escuchar.

Nuestras mejores costumbres son las que muy poca gente llega a conocer.

Todas las mujeres son buenas actrices fuera del teatro.

o O o

¡Ah, ah, ah! ¡Y Rostand! ¡Y Rostand!

o O o

El otro día hablaba yo con un superviviente de esta época gloriosa y nefanda: con mi viejo amigo Monsieur France, el de la barba asiria, el ojo azul tembloroso detrás del monóculo; una abeja sutil en la comisura del labio que se diría una sontisa; pronto la erudición y la ironía, que se dirían espadas.

—Sí, ya sé, han salido muchos jóvenes por ahí echándole paletadas de tierra a 1900, como a un muerto que apesta. No hacen bien, esos jóvenes. Dentro de treinta años otros jóvenes no harán bien tampoco echándole paletadas de tierra a 1939. 1900 nos dió a Proust, a Cézanne, a Rodin, a Debussy. Un hombre de letras, un pintor, un escultor y un músico no superados, cada uno en su oficio, con su herramienta en la mano. Francia sigue viviendo de esa gloria cuádruple, y no seré yo quien reniegue de 1900 mientras se me prueba lo contrario...

Yo me aventuro, tímido:

—Pero aquellos trajes, aquella arquitectura, aquel «modern style»...

Monsieur France sonrío:

—Espere que pasen treinta años y verá usted cómo se ven nuestros trajes y nuestra arquitectura. Por otra parte, vea usted cómo era poético todo aquel ridículo, que las orquestas modernas vuelven al repertorio de 1900, que las damas evocan 1900 en sus toilettes, que las retrospectivas musicales, esculturales y pictóricas de 1900 se mantienen llenas de gente. ¿Por qué eso? Explíqueme usted también por qué la literatura no ha sido superada y hasta diría yo que se vive de ella: Paul Fort, Paul Valéry, Gide, Claudel Saint-Paul-Roux, para no hablar sino de los que aun viven. Colette misma, la más grande escritora de Francia, sin ninguna duda...

Yo vuelvo, indiferente y con voz sin importancia:

—Paul Morand, en su famoso panfleto contra 1900, dijo que 1930 (época en que lo escribió) comprendía perfectamente a 1900, pero que 1900 no hubiera comprendido jamás a 1930...

Monsieur France no responde, de pronto. Queda viendo el vacío, alza los hombros, se vuelve hacia mí, me mira, y dice:

—¿Y cómo lo sabe Paul Morand?

Y por último:

—Mire usted, la verdad es que aquella época estaba llena de tonterías, de mentecatas, de idioteces y de simplicidades, que a los miopes solamente les

# "EL COMERCIO" HISTORICO Y CENTENARIO

Por PERCY MACLEAN Y ESTENOS

Especial para el DIARIO DE LA MARINA

EN el Perú los órganos de publicidad llevaron una vida efímera, casi meteórica. Respondieron a la necesidad de un momento.

Breve existencia tuvieron, por eso, el Diario de Lima; primer periódico que se publicó en el Perú, en 1790; «El Semanario Crítico» fundado en 1798; «La Minerva Peruana», «El Investigador», «El Triunfo de la Nación», «El Censor Económico» y el Depositario, fundados a partir de 1805. Ninguno de estos periódicos ha podido sobrevivir.

El único rotativo peruano, aparecido en el siglo pasado, que ha podido soportar victorioso la prueba del tiempo, es «El Comercio» que cumple su primer centenario y que ha sobrellevado exclusivamente, la honrosa, inmensa y pesada labor de informar y orientar a la opinión peruana.

«El Comercio» puede enorgullecerse de poseer aquel signo de distintivo de los grandes diarios, que es como una ejecutoria de la prensa estable y respetable. Fundado por don Manuel Munatogu y don Alejandro Villota, en Lima, el 4 de mayo de 1839, su historia en extremo interesante, está íntimamente ligada a la historia del Perú. Tuvo la colaboración de ésta desde el día de su fundación verificada con un ciclo histórico de hirviente inquietud. En el decurso del período político de nuestro país que va de 1839 a los años posteriores, ¡cuantos acontecimientos de esos que dejan honda huella en el alma nacional, sufrió la República, amenazada por la anarquía bajo la supervivencia colonial de las costumbres! Dentro de este ámbito ocurre, en plena anarquía militar, la disolución de la Confederación Perú-Boliviana; Ascensión de Gamarra al poder y su asesinato en Ingvavi como consecuencia del triunfo del ejército boliviano, en la guerra que aquel declaró a Bolivia temiendo una reacción de Santa Cruz; las impertinencias humillantes de los cónsules de las grandes potencias; la revolución del general Torrico quien derrocó a Menéndez. La deposición de Torrico por Vidal, tres meses después, tres meses después de la oposición de Vidal por Vivanco a los seis meses siguientes; la revolución de Castilla, quien triunfante repuso en el mando al vicepresidente de Gamarra don Manuel Menéndez.

Terrible época, esta de los cuartelazos con apariencias de guerra internacional en que no fueron las revoluciones las que buscaron los caudillos, sino los caudillos los que hicieron revoluciones, ejercitando únicamente, la superposición de predominios y de ambiciones que se reflejaban en la pomposidad de los títulos que se arrogaban para el ejercicio del mando supremo. En todo este inquieto y tumultuario lapso de nuestra vida republicana interviene «El Comercio» pero no como desdenguado espectador de la galería sino participando de la ansiedad nacional de aquellos días memorables de la iniciación de la república. Es de esa suerte que emerge «El Comercio» a la lucha, ostentando en su primera página el lema de «Orden, Libertad y Saber». «El Comercio» ayudado por inteligentes colaboradores, levantó su voz con prestigio para defender la dignidad nacional, herida por las absurdas pretensiones de los cónsules extranjeros, asumiendo la actitud de vocero internacional ante el periodismo de América; creó el ambiente interesado a la masa popular en la marcha de la administración pública, educándola en las virtudes cívicas, dirigiendo, hábilmente las fluctuaciones de la vida nacional, sin reposo cuando se trató de defender los sagrados intereses de la patria. «El Comercio» des-

Nuestro estimado colega de Lima (Perú) «El Comercio», acaba de cumplir 100 años de una existencia plétórica de acción fecunda y de pensamiento patriótico. Con tal motivo publicamos el siguiente trabajo — modesto tributo del DIARIO — debido a la pluma de uno de sus destacados redactores, en el que se brevemente la vida del colega, al que saludamos efusivamente con tal motivo.

Facsimil de la primera hoja del primer ejemplar de «El Comercio», publicado el 4 de Mayo de 1839.

Este periódico se publica en esta Capital en a tienda del Sr. Don José Calle de J. J. y en la Calle de la Cruz de la Merced. Se remite al interior al lugar que indican los SS. Suscriptores y se pagan adelantado el

Precio.

Suscripción al mes . . . 2 pesos  
Numeros sueltos . . . 1 real.



# EL COMERCIO.

DIARIO COMERCIAL, POLITICO Y LITERARIO.

Tomo I.)

Lima, Sabado 4 de Mayo de 1839.

(Numero 1)

## MARITIMA.

### PUERTO DEL CALLAO.

- ENTRADAS.
- Abril 20. - Goleta Leontina Compañía de 10 toneladas, capitán Santibañez de Huamán en 6 días, cargamento leña, consignado a M. Nup-de-la.
  - Id. 21. - Goleta Ecuatoriana Diana, de 110 toneladas, capitán Diabino, de Pisco, en 11 días, cargamento algodón, consignado a Valdevelasco.
  - Id. 21. - Goleta Nepomuceno Leona, de 108 toneladas, capitán Moreno, de Callao, en 10 días, cargamento algodón, consignado a su capitán.
  - Id. 22. - Barca ballenera Americana Maroto, de 120 toneladas, capitán Dewick, de la pesca de ballenas, cargamento aceite, consignado a T. Coqui.
  - Id. 23. - Bergantín Centro Americano General M. de 225 toneladas, capitán Valverde, de Pisco, en 13 días, cargamento maderas, consignado a J. J. J. J.
  - Id. 24. - Barca Francesa Amalia, de 110 toneladas, capitán Florio, de Ilay, en 5 días, carga maderas, con viento a su capitán.
  - Id. 25. - Bergantín Ecuatoriano Fier, de 170 toneladas, capitán Contreras de Guayquil y Puyo, cargamento a Nueva.
  - Id. 25. - Barca Nacional Agrícola, de 2 toneladas, capitán Lizarbeit, de Huacho, cargamento algodón, consignado a Barton y Smith.
  - Id. 26. - Bergantín Inglés Atlas, de 100 toneladas, capitán Mason, de Ilay, en 5 días, cargamento algodón, consignado a G. Vein y Colinet.
  - Id. 26. - Goleta Nacional Fortuna, de 21 toneladas, capitán Gonzalez, de Huacho, cargamento algodón.
  - Id. 26. - Goleta Ecuatoriana Compañía, de 85 toneladas, capitán M. de la Cruz y Fico, cargamento algodón, consignado a Juan Coqui.
  - Id. 27. - Quinch de guerra inglés Basilico, capitán Marchand, de Guayquil y Huanchaco.
  - Id. 28. - Goleta de guerra chilena Octavo, capitán Sotero, de Valparaiso.
  - Mayo 1. - Bergantín Sardo Asturias, de 85 toneladas, de la costa en 8 días, cargamento maderas, consignado a J. J. J. J.
  - Id. 1. - Bergantín Inglés Carolina, de 81 toneladas, capitán Wolf, de Casma en 4 días, cargamento leña, consignado a Obispo.
  - Id. 2. - Goleta Guineana Juan Antonio, de 82 toneladas, capitán Robinet, de Ilay en 5 días, cargamento leña, consignado a García y Calmet.
  - Id. 2. - Goleta Inglesa Flora, de 55 toneladas, capitán Huenca, de Huanchaco en 8 días, cargamento algodón, consignado a T. Yump.
  - Id. 3. - Goleta Inglesa Anselmo, de 158 toneladas, capitán Corde, de Valparaiso en 11 días, cargamento trigo, consignado a su capitán.

### SALIDAS.

- Abril 18. - Goleta Ecuatoriana Yeloz Josef, capitán Huenca, a las costas de Mejico.
- Id. 19. - Barca Nacional J. J. J. J., capitán Viza, en Ilay, con destino a Chancay, Huacho y Casma.
- Id. 19. - Goleta Nacional Fortuna, capitán Gonzalez, con destino a Huacho.

- Id. 19. - Barca Ingles Eagle, capitán Nallal, cargamento algodón de Europa, con destino a Centro América.
- Id. 20. - Barca Francesa Mojano, capitán Aquino, Mayra, cargamento caparilla y lana, con destino a Guayaquil.
- Id. 20. - Goleta Nacional Presidente, capitán Chacón, cargamento algodón, con destino a Pisco.
- Id. 27. - Barca Francesa Rhine, capitán Brechtan Ilay, con destino a Santa Cruz.
- Id. 28. - Barca Francesa Selma, capitán Darfo, cargamento algodón, con destino a Huanchaco.
- Id. 28. - Barca Inglesa Globe, capitán Oragg, cargamento algodón, con destino a Chancay.
- Id. 28. - Goleta Americana, Porcia capitán Joup, en Ilay, con destino a Talcahuano y Valparaiso.
- Id. 29. - Bergantín Ecuatoriano Andes, capitán Grana, cargamento leña, con destino a Ilay.
- Id. 29. - Goleta Nacional Fortuna, capitán Gonzalez en Ilay, con destino a Pisco.
- Id. 29. - Goleta Nacional Compañía, capitán Contreras, en Ilay, con destino a Pisco.
- Id. 29. - Quinch de guerra inglés Basilico, capitán Marchand, con destino a Cobija y Valparaiso.
- Id. 29. - Corbeta de guerra Americana Falma, capitán Huenca, en Ilay.
- Id. 29. - Fragata Nacional España, capitán Amala Latorre, en Ilay, con destino a Lima.
- Id. 31. - Goleta Ecuatoriana Chingachilla, capitán Molin, cargamento algodón, con destino a Huanchaco y Huanchico.
- Id. 30. - Goleta Nacional María Francisca, capitán Caballero, en Ilay, con destino a Huanchaco.
- Id. 30. - Goleta Inglesa Swift, capitán Hawod, en Ilay, con destino a Ilay.
- Mayo 1. - Goleta Nacional Luzera, capitán Benoit, cargamento maderas, con destino a Corco-Ral.
- Id. 1. - Goleta Nacional Cecilia, capitán Rocha, cargamento maderas, con destino a Pisco.
- Id. 2. - Bergantín Inglés Atlas, capitán Mason, en Ilay, con destino a Valpa. J. J.

### LOS EDITORES.

Mejora habría que decir para recomendar una publicación periódica cuyo objeto principal es el Comercio, el no se dirigen a los individuos de una profesión jurídica que como el abogado tiene el deber de estar en los puertos y plazas consumidoras a fin de estudiar sus relaciones, con cuanto pueda contribuir a su giro.

En el mundo de acción en que vivimos comunicamos los sucesos con la rapidez que exigen los negocios, es un servicio importante no sólo para el Comercio sino también para la clase consumidora; nos apresuramos a honrar el vicio que han dejado voluntariamente los periódicos que nos han precedido.

En el terreno de la política no podríamos mantenernos por mucho tiempo, contentados de nuestra inactividad; los cedemos voluntariamente a los que se desempeñan la difícil tarea de ilustrar la opinión pública. Contendrá este diario todos los decretos del Gobierno, las decisiones de los tribunales, principalmente las del Consulado; las entradas y salidas de los buques, el estado de los establecimientos de beneficencia, policía, teatro y cuanto pueda contribuir a la utilidad e instrucción de nuestros lectores.

Los señores que desean enterarse de esta obra, deberán remitir a la Imprenta antes de las cuatro de la tarde del día anterior al día de publicación, abriendo por cada uno de ellos el crédito real por la primera vez y los sucesos por las siguientes.

Los avisos que pasan de 40 líneas, se como los comunicados a algunos que por sus particularidades, pagados por separado segun sea el caso particular. Las comunicaciones que se refieren a política deberán venir firmadas de p. y. y remitidas a los señores que se refieren.

Si alguna vez nos detenermos en las revoluciones gubernativas que tengan relación con el comercio, como las de los que se refieren, la reforma política ha designado el camino por donde marchan los gobiernos ilustrados y ha en las reformas a sus gobiernos, abrumados con la principal de los principios de los gobiernos; pero siendo la estadística el guía en esta carrera, publicaremos los censos más exactos de la población, los estados de rentas y consumos de la República, y miraremos como un deber serio hecho al país y a nosotros si algunos que se refieren con datos ciertos sobre el particular.

En la distancia a que estamos situados respecto de la Europa, no es fácil obtener con regularidad tantas producciones importantes como las que diariamente suministran aquellas prensas, pero decididos como estamos a no perder un sacrificio por proporcionar a los señores que han interesado nuestro periódico, no habrán vendido muchos de sus artículos que hoy nos rodean, y entretanto comunicaremos los precios corrientes de aquellos mercados y cuando llegue la atención en Europa, ocupando un lugar preferente los que tengan relación con estos países.

Nuestros columnas estarán desde ahora abiertas para colocar en ellas cuanto pueda servir a los Gobiernos Americanos, precisados ya a fijar los principios de su política, con las ideas las acciones para obrar de este modo los abusos de la fuerza, perjudicial no sólo a la América, sino también al resto del comercio extranjero por las relaciones sucesivas de México y Buenos Aires manifestan hoy claro a todo lo que quedamos expuestos a si no establecemos de una vez el medio como hemos de ser tratados por los que tienen con nosotros el comercio armado. Ninguna periódica puede ser indiferente en asunto de tanta trascendencia que incurre en la nota de poco interesado por la felicidad común.

Desagradado nuestro plan nos resta sólo, desear que el será mejorado y perfeccionado, según la ayuda que merezca.

### AVISOS.

LA Parroquia de Santa Clara se sub-arrenda con los útiles necesarios, quien la necesite oca en donde D. Benigno Lizarbeit.

### Al público.

EL convenio de restitución de Predicados de esta ciudad, tiene unos solares, y trata extractarlas; las personas que quieren hacer sus propuestas pueden acercarse al Predio de dicha casa religiosa.

### Consejo de Moneda.

LA Dirección de ella pone en noticia de los tenedores de pastas de oro, que pueden ir a presentarse en la casa para su arrendamiento, con la seguridad de que serán examinados de su destino la mayor falta, a los señores que se refieren introducidos.

de el primer día de su fundación, hasta el presente, jamás dió cabida en sus columnas a conceptos que tuvieran el más remoto matiz de odios mezquinos. En su imparcialidad y en su programa de bien público, estuvo la razón de su éxito. Fué por eso que «El Comercio» acabó con hojas obsesionadas por el interés político como «El Correo» (1840-1846-1857-1854) redactados por Vigil, Lazo y Mariátegui; «La Guardia Nacional» (1844) en cuyas páginas la ironía sutil de don Felipe Pardo causaba hondas preocupaciones al Mariscal Castilla; «La Bolsa», diario comercial dirigido por Segura, quedaron también desopinados, frente a la aparición de «El Comercio» y rápidamente clausurados los diarios de actualidad política eventual como «El Murriago» (1843) dirigido por Pagador y Aspinoza contra Castilla; «El Rímao» (1850) periódico de Echenique redactado por Casós; «El Nacional» en el que Fuentes, prosélito de Vivanco, hizo sus primeros ensayos periodísticos y «El Progreso», (1850) en el que don Pedro Gálvez, libró pertinaces campañas en favor de la candidatura de Elias.

Exaltado Castilla al poder, fué importantísimo el rol que le tocó desempeñar a «El Comercio». Escribió sin tregua ni descanso, por la abolición de la esclavitud del negro, y la libertad del indio, que fueron proclamadas poco tiempo después. A raíz de la victoria de «La Palma» los dos acontecimientos portentosos de la causa nacional decía «El Comercio» en su editorial de 4 de febrero de 1855— por sus fines altamente humanitarios, constituyen la del tributo indigenal y el de la libertad de los esclavos, los cuales de la esfera de promesas revolucionarias, han descendido a realizarse en el campo de los hechos; ellos tienen en completa tran-

quilidad a todos los patriotas y labran, actualmente el convencimiento de la eficacia de la insurrección en los más empeñados egoístas de la tiranía demolido.

En esta época fué también muy acertada la palabra de «El Comercio» en favor de la reorganización judicial.

Refiriéndose a la administración pública, decía «El Comercio»: «Cuando llegue para el Perú la época en que los destinos busquen a los hombres no como sucede los hombres a los destinos, entonces diremos que comienza la estación de florescencia».

Posteriormente a esta época el panorama de la República era desconsolador, ocurre la agresión española de 1864, su triste corolario del Tratado Vivanco-Pareja y el amanecer glorioso del combate del 2 de mayo de 1866; José María Quimper, funda un valiente periódico de oposición «El Perú», que con «El Tiempo» dirigido por don Nicolás de Piérola por esa época joven conservador egresado del Seminario, cooperaron a la caída de los ministerios de Pezet; el gobierno constitucional del coronel don José Balta significa una tregua hasta sus postrimerías en que el motín salvaje y terrible de los Gutiérrez llena de consternación al país; adviene luego la civilidad con el gobierno de don Manuel Pardo, en cuyo cuatrenio 1872-1876 fueron enérgicas y trascendentales las campañas políticas del periodismo en el Perú.

La prensa peruana se dividió entonces, en dos sectores: civilismo y anticivilismo. Defendían al partido civil, «La Opinión Nacional» dirigida por el doctor Andrés Avelino Aramburu; «El Nacional» redactado por Juan Francisco Pazos Varela, Cesáreo Chacaltana y Francisco Flores Chinarro y los

semanarios «La Sabatina» dirigida por Luis Márquez y «El Centinela del Progreso» «El Comercio» dirigido por don José Antonio Miró Quesada, a quien don Manuel Amunátegui acababa de confiarle la dirección del diario era, en esos días tumultuosos, la verdadera antorcha nacional. Resistió la competencia de «La Opinión Nacional» y de «El Nacional», ensanchando el servicio cablegráfico que despertó el interés de los lectores. El decano permaneció imparcial y sereno frente a la implacable campaña de la prensa de oposición que improvisó trincheras periodísticas como «El Cascabel» dirigido por Benito Nieto y Adolfo Valdés; «Don Quijote» redactado por los colombianos Joaquín Posada y Justiniano Ubiria; «La Butifarra», «El Brujo», «La Serpiente», «La Banderilla», «La Bala Roja», «El Gallinazo» «El Cencerro» «La Linterna del Diablo» y la «Campana». Figuraba al frente del periodismo de oposición «La Patria» redactada por Federico Torrico, el colombiano Ricardo Becerra y José Casimiro Ulloa. Periódicos hubo algunos como «La Mascarada» llegaron a preconizar el asesinato político. El 22 de Agosto de 1874, con el título de «El último día de César» representaba a Manuel Pardo ingresando con su gabinete al Senado. Todos los personajes estaban vestidos a la usanza romana. En el fondo de la escena los esperaban los conjurados peruanos, presididos por los personajes históricos de Cascas y Bruto. Ese mismo día el capitán indefinido Juan Boza, en el Portal de Escribanos, disparaba cinco tiros contra Pardo, sin alcanzar alguno. El periódico fué clausurado por el Ministro Rosas y luego el gobierno se vió precisado a enjuiciar a unos periodistas, a perseguir a otros y a clausurar algunos periódicos.

En medio de esta terrible vorágine «El Comercio» desde sus serenas columnas predicaba la tregua, el aplacamiento de los odios políticos y la serenidad.

Las salas de redacción de «El Comercio» era animadas tertulia, vivientes colmenas, luminoso combate de ideas, alegre comentario de todas las cosas del espíritu. Eran de la tertulia periodística prominentes figuras de la vida republicana: Don Domingo Elías, autor de sus renombradas cartas de «el hombre del pueblo» que «El Comercio» insertaba en su sección de comunicados, y en los que combatía los derroches de la consolidación; Francisco Bilbao, José María Samper, Sebastián Lorente, José Gregorio Paz Soldán, jurisconsulto eminente que escribía con el seudónimo de Casandra. Entre los redactores de esa época cabe recordar a Manuel Ascencio Segura, Moncayo, Leubel, Sánchez Silva, Chacaltana, Camacho, Pardo, Márquez Saavedra, Flores Chinarro, de la Vega, Quinteros, Rafael Vial, Coronel Zegarra, Enrique y Guillermo Carrillo. Figuras principales del periódico eran José Antonio Miró Quesada, José Viterbo Arias, Fuentes Castro y Luis Carranza. Colaboradores distinguidos fueron los poetas Llona y Althas, Pedro Paz Soldán, Vigil, y Mariano Amázaga, atildado prosador liberal. En Nueva York, París y Suiza, fueron corresponsales de «El Comercio» Quinteros, Samper, La Fuente y Leubel. En 1875 don José Antonio Miró Quesada y don Luis Carranza adquirieron la imprenta de «El Comercio».

Vino después la guerra del 79. Los que algo se interesan por lo que entonces sucedió, los que quieran saber como fué esa lucha de «El Comercio» sin precedente en la América Latina.

Terminada la guerra «El Comercio» reapareció en 1883 para librar vibrantes campañas a fin de restablecer el orden en todas las esferas de la administración, liquidar la hacienda pública, extirpando créditos y levantar el espíritu de las masas impulsándolas a la campaña dignificadora de la reconstitución nacional y el imperio de las leyes. Llámese Iglesias o Cáceres el hombre para «El Comercio» era lo de menos. El grave deber de la reconstrucción era su único objetivo. Y así se explica porque señaló rumbos preciosos a Iglesias, y a Cáceres, pero sin tomar parte en la violenta campaña periodística que se llevó a cabo contra este.

Surge, luego un período de saludable descanso en el periodismo nacional. La moderación de la prensa durante el gobierno de Piérola, dió lugar a la intromisión del periodismo satírico en los diarios, pareciendo el gacetillero pleno de buen humor y de sana travesura, y que era al mismo tiempo, crítico teatral, repórter, cronista social, redactor taurinos y comentarista político. «El Comercio» tuvo en Flores Chinarro al más célebre gacetillero de la época. También se destacaron Ramón Rojas y Cañas, Julio Jaimes, «don Javier de la brocha gorda», Pedro Antonio Varela, «el chico Terencio», el Tunante y el Murciélagos, que dispararon sus sátiras en diversos periódicos, humorísticos.

En época posterior los regimenes políticos que



Sr. Pedro García Irigoyen, Director-Gerente de la Empresa Editora «El Comercio».



Sr. Aurelio Miró Quesada, actual Director del «Diario».



El Dr. Antonio Miró Quesada, Director de «El Comercio», hasta el 15 de Mayo de 1935, que fué asesinado junto con su esposa por un aprista.

se sucedieron en el Perú, descartando errores imposibles de evitarse, estuvieron, casi siempre dentro del marco constitucional trazado por el régimen de la civilidad que encarnó don Manuel Pardo. Al tranquilo gobierno del señor Romaña, sucedió el equilibrado del señor Candamo. La tranquilidad del ambiente político fué propicia al progreso del diarismo.

La transformación y el ensanchamiento de «El Comercio» data de esta época. Surge, entonces la empresa comercial que remunera el trabajo intelectual, fomenta la reclame, aumenta el tiraje, renueva la maquinaria, adquiriendo nuevos linotipos, ofrece abundantes fotograbados, y amplía el servicio cablegráfico. La trivial gacetilla se divide en diversas secciones: el editorial, la crónica, el comentario al cable, la vida de palacio, la vida social, deportiva, teatral, taurina, obrera, etc. Cada sección tiene su redactor especial. En la dirección del diario la figura admirable y admirada de don Antonio Miró Quesada periodista rápido en concebir, claro en exponer, acertado en el juicio, atrayente en la expresión, quien, siguiendo el ejemplo legado por su padre, supo en la hora de los esfuerzos y de los grandes sacrificios, ponerse siempre a la altura de su deber y de su nombre.

Bajo la égida de su preclaro director, «El Comercio» fué desde principios del siglo y sigue siéndolo hasta el presente, el gran vocero de todos los problemas vitales del país. Orientó a la opinión con la seguridad de su consejo en las horas álgidas de las relaciones internacionales con los países limítrofes, y en especial, frente al intrincado litigio entre el Perú y Chile.

Frente a las tendencias destructoras de las instituciones y de los hombres, los principios de patria, nacionalismo, constitucionalidad, eran en Miró Quesada sentimiento y voluntad. Estos principios fueron proclamados por él y defendidos, virilmente, en las páginas gallardas de «El Comercio», desde el año de 1900, en que asumió su dirección, hasta el 15 de mayo de 1935, en que cayó, víctima a balazos por un fanático, en el centro mismo de Lima, a pocos pasos del Club Nacional. Horrendo crimen, único en la historia del Perú, que es una vergüenza para la civilización. Con Antonio Miró Quesada desapareció un patriota.

La necesidad de deslindar, claramente la jurisdicción común, de la militar, constituyó una de las importantes reformas auspiciadas por «El Comercio». Esta campaña culminó con la promulgación «El Comercio» cautelo, ardorosamente, los intereses de la colectividad, los de los industriales, los de los comerciantes, exponiendo claramente, los fundamentos de su oposición siempre que se trató de crear nuevos impuestos e injustificados gravámenes. Combatió el juego y la prostitución y con ellos la tolerancia administrativa para el vicio. La voz autorizada e imparcial de «El Comercio» amparó en 1914 los intereses del estado, del comercio, de la industria.

Forjadores insuperables del prestigio de «El Comercio», fueron, así mismo, el ingeniero don Aurelio Miró Quesada, actual Director; el doctor Luis Miró Quesada, el doctor Oscar Miró Quesada y Miguel Miró Quesada, profesionales, maestros hombres de mundo con amplia y depurada cultura.

Nunca tratamos nuestras cosas sino en panfle-

tos, en poemas o en discursos de fiestas patrias. Las palabras fueron campanas. Pero en «El Comercio» se varió de rumbo. Y así fué como los editoriales de don Luis Miró Quesada trajeron para nuestra inquietud mental la orientación nacionalista de criterio científico. Para este ponderado periodista, que, es, también prestigioso maestro de San Marcos el editorializar ha sido siempre un procedimiento de comparar, precisar, definir, iluminar racionalmente, cosas e ideas. Que espíritu culto no evoca, con deleite, los brillantes artículos e interesantes ensayos sobre temas científicos y nacionales que escribió Oscar Miró Quesada, popularizando más allá de las fronteras, de la patria el seudónimo de Racso. El insigne penalista español Jiménez de Azúa calificó a Oscar Miró Quesada como «el genial sociólogo de la Universidad Mayor de San Marcos» frase que aparece en el prólogo de la última edición castellana de criminología de Mauricio Palmelee. Racso a los 41 años había escrito 12 gruesos y medulares libros. Su iniciación en el periodismo, en 1899, constituyó un franco éxito para «El Comercio».

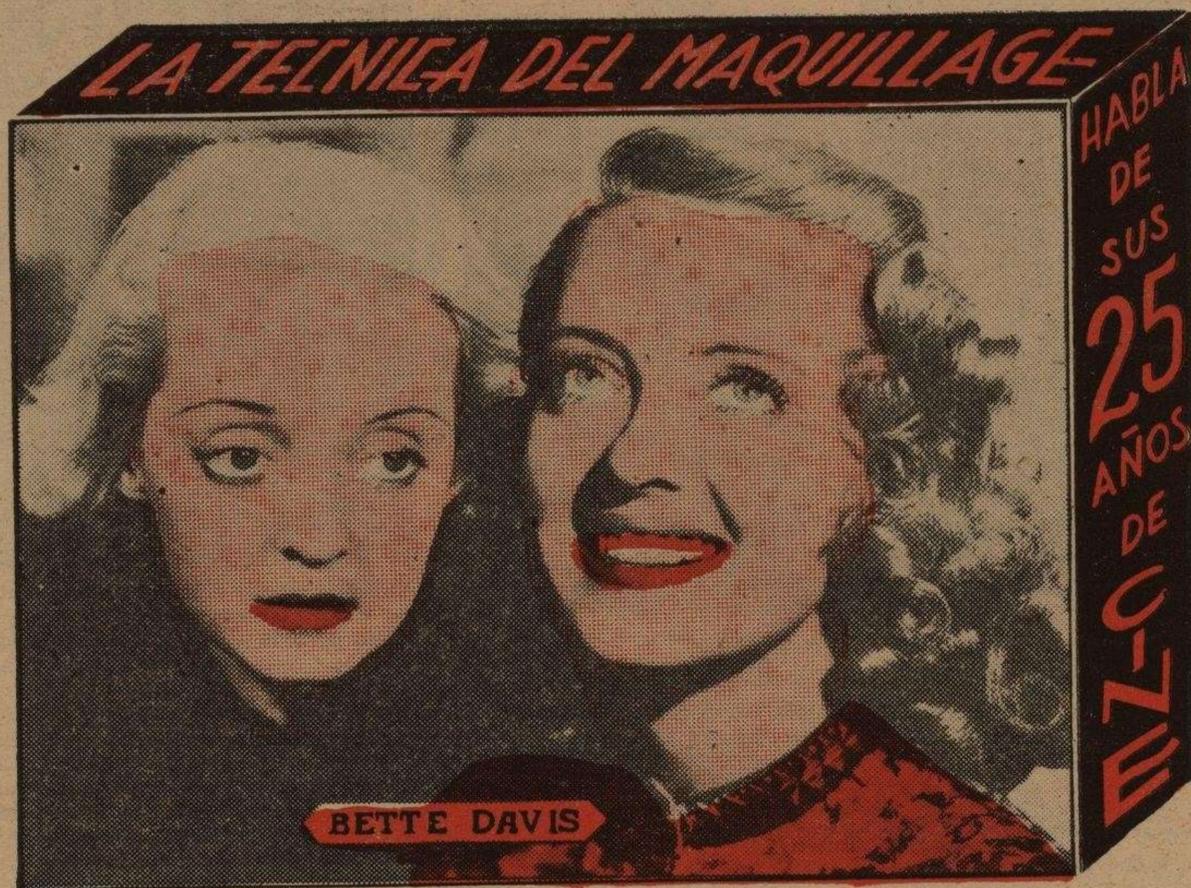
Decididos promovedores de la cultura moderna son los periodistas que forman el grupo juvenil de la nueva generación educada en la escuela de «El Comercio». El nombre de Carlos Miró Quesada. Laos autor de «Problemas del Mundo», escritos en forma sobria, honrada, y ecuánime, flamea como una bandera de nacionalismo. Ya lo dije en otra oportunidad, desde las columnas de este diario. Se trata de un hombre nuevo y de un hombre puro. De un hombre que interroga a los libros y que interroga a la época.

Se destaca así mismo, en la plana mayor de «El Comercio», Aurelio Miró Quesada Sosa, muy docto y muy fino, catedrático en la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos y director de la página literaria: «Arte, Ciencia, Letras» que publica dominicalmente el decano.

«El Comercio» animado por el esfuerzo cotidiano de estos hombres de selección, día tras día, año tras año, permanece intangible, después de la fatiga de un siglo de vida, en respetada y enaltecida eminencia.

Su voz, eficaz propulsora del patriotismo, alcanza a las más recónditas y lejanas comarcas de la república. Hasta la más insignificante aldea llega, se escucha y se respeta la sirena anunciadora de «El Comercio», que ha logrado reemplazar al imperio tradicional de la campana, de esas campanas que en la colonia y en los primeros días de nuestra era republicana dieron cuenta con su repicar travieso, de los sucesos trascendentales que inquietaron al Virrey y de toda las incidencias de la vida limeña.

«El Comercio» tiene pues, la categoría de una verdadera institución nacional. Su opinión indica un rumbo. Ha sido y sigue siéndolo el centro directivo del Perú. Ahora cumple cien años. Cien años de sentir y de pensar por todos y para todos, de predicar, consejos amables y buenos, y de cantar victorias colectivas. Es por eso que en este momento de su celebración centenaria, al evocar su constante faena y su invariable existencia, díriase un árbol venerable que ha rendido sus frutos generosamente, pero que tiene nuevos brotes en los que habita el espíritu florido y renovado de una perpetua y magnífica primavera.



El «MAQUILLAGE», ANTAÑO Y HOGAÑO: En los comienzos del cine la caracterización facial de las artistas dejaba mucho que desear. En la actualidad, tiende hacia lo natural. En la fotografía de la izquierda se ve a Bette Davis, «maquillada» en una de sus primeras cintas; en la otra puede apreciarse la diferencia, comparándola con el aspecto que presenta en sus últimas películas.

Han sido considerables los adelantos logrados en ese lapso de tiempo.— La caracterización de los actores ha pasado de lo grotesco a lo natural.

Por Harold HEFFERNAN

**H**OLLYWOOD, mayo de 1939. El arte del «maquillaje» o caracterización facial de los artistas del cine ha efectuado notables adelantos en el transcurso de los últimos 25 años. Lo que fué en sus comienzos un derivado grotesco del nuevo arte cinematográfico ha pasado a ser en la actualidad parte indispensable de la técnica respectiva.

Los aficionados al cine consideran perfectamente natural la belleza de los rostros femeninos que ve en la pantalla. Empero, si se quitara a esas facciones el afeite y no se proporcionara a las artistas el cuidado que las prodigan los técnicos del «maquillaje», el resultado provocaría sin duda comentarios cuando menos burlones por parte del público.

En este mes de mayo un hombre que responde al nombre de Jack Dawn y concurre diariamente a los talleres de la empresa Metro-Goldwyn-Mayer con el fin de dirigir el «maquillaje» de las actrices ha cumplido sus bodas de plata con su profesión, a la que comenzó a dedicarse en la primavera de 1914.

Dawn, que en su época fué marinero, vaquero y pintor de letreros, se presentó un día, respondiendo a un pedido de «extras» hecho en un anuncio del empresario George Melford, al taller en que éste rodaba una película de indios y vaqueros. Fué allí

donde recibió su bautismo cinematográfico, al estilo de 1914, que le fué aplicado con una lata de pintura y una brocha. Dawn, que integraba un grupo de cincuenta «extras» disfrazados de indios, formó filas en compañía de ellos, en espera de la pintura bronceada que les aplicarían al cuerpo, para que parecieran pieles rojas.

#### Una operación sencilla

—Cuando el muchacho encargado de la operación recuerda Dawn— se disponía a aplicarnos la pintura al rostro, cerrábamos instintivamente los ojos en espera del brochazo. Claro está que al abrirlos nuevamente nos quedaban líneas sin pintar en la cara, pero ésto no preocupaba a nadie. Concluida esta operación, nos bastaba ponernos un taparrabo, una peluca y una pluma de pavo para completar nuestra «toilette».

Por la mañana hacía el papel de soldado. Por la tarde, sería el mismo indio que el soldado había matado por la mañana. Otras veces encarnaba a un «malvado» del oeste norteamericano, con bigote pintado, o a uno de esos cómicos policías cinematográficos de hace un cuarto de siglo, o cualquier otro personaje que necesitara la película.

Empero, no fué tanto el lado «artístico» o interpretativo del cine lo que despertó su curiosidad sino la caracterización facial de los actores, en lo que resolvió especializarse, llegando a ser un maestro en ese arte.

—En esos días —dice Dawn— se aplicaban a las películas todos los trucos aprendidos en el tablado del teatro. La caracterización exagerada, necesaria para proyectar claramente la personalidad que quería encarnar el actor a través de la luz de las condilejas, se copiaba en el cine con el mismo afán.

Nunca se tenía en cuenta el efecto íntimo que da la fotografía. Se necesita mucho tiempo para acostumar al público a la nueva técnica del «maquillaje» que se quería introducir gradualmente.

El público estaba acostumbrado a la caracterización exagerada, y le parecía natural.

#### Tareas extraordinarias

Las tareas de Dawn en su calidad de técnico del «maquillaje» han requerido frecuentemente el cumplimiento de labores raras, pero dice él que en sólo una ocasión no pudo complacer el pedido que se le formulara.

—Se trataba —dice— de un caso de autoprotección. Un empresario se había empeñado en que le cortara yo la melana a un león africano para que pareciera un león de montaña. No obstante mi intención de ser útil a la empresa, creí que mi deber primordial era cuidar de mi propia integridad física...

Sin embargo, para hacer algo análogo, transformó una vez un perrito Chihuahua mexicano en can francés, con sus pompones y todo, a pedido de Hal Roach, que lo necesitaba para una escena cómica.

Un día le llamaron del despacho de William Fox para consultarle con referencia a un serio problema que se había presentado: había que lanzar al actor George O'Brien y a su compañera de labores cinematográfica a un pozo lleno de serpientes de cascabel. El autor del argumento no quería saber nada de medias tintas: tenían que ser serpientes de cascabel, o no se rodaba la escena.

Dawn envió a sus hombres a explorar las colinas de Hollywood (esto ocurría en época anterior a la construcción de las numerosas viviendas elegantes que ahora las cubren) en busca de cincuenta culebras inofensivas, que entonces abundaban en esos lugares. Los hombres regresaron con sus cestas cargadas de reptiles. Dawn hizo enviar las culebras a su casa, y allí, con la ayuda de dos muchachos —uno que las sujetaba por la cabeza y otro por la cola— las pintó de serpientes de cascabel, y para completar la ilusión les sumergió la punta de la cola en una lata llena de cola, pegándoles unas «cascabeles» idénticos a las de los ofidios verdaderos, hechos de madera y atados con alambre.

Si embargo, no todos sus experimentos terminaron en forma tan feliz. Recuerda Dawn que una vez se necesitaba un buen número de esclavos negris en una escena. Ninguna de las tinturas ensayadas daba a la tez de los «extras» el colorido exacto que se deseaba. De modo que Dawn preparó una mezcla hecha de glicerina y negro de humo, que producía el efecto necesario. Entre los que recibieron este bautismo negro figuraba Lon Chaney, que entonces era simple «extra» y que llegó más tarde a ser uno de los actores más cotizados de la pantalla.

Terminada la labor del día, Dawn comenzó a escuchar ciertas protestas provenientes del cuarto donde se lavaban los «extras». El «maquillaje» era tan bueno que no había forma de quitárselo...

—Temiendo las consecuencias —recuerda Dawn— no me presenté en el taller hasta que pasaron varios días. Chaney me contó, años más tarde, que la pintura requirió cinco meses para desaparecer por completo...

En la actualidad —termina diciendo— la tendencia que se observa en el «maquillaje» es hacia lo natural. Esto se debe en primer lugar a la introducción de las películas multicolores.

El licor es el amigo del que lo vende y enemigo del que lo compra.

No pierdes tu tiempo relatando a tu chico lo bueno que eras tu a su edad.

# CONTINUACION DE LA CALLE DE...

«El Navío», que tenía pintado en la fachada de tres palos, desplegadas las velas, navegando en alta mar; de la firma de Don Segundo García Tuñón. Contábase que este navío era la piel del que arribó inmigrante a Cuba, quien con los años, acaudalado dueño de la tienda. De este establecimiento antiguo que subsistió hasta hace en esta calle, habla Don José Zorrilla en su reciente libro «Recuerdos del tiempo viejo». «Había el autor de Don Juan Tenorio—allá por el 56, en la calle de la Muralla, una tienda variada y ricamente surtida de esos objetos múltiples que incluye lo que, traducido bárbaramente del francés, se llama en llamarse «bisutería», cuya tienda estaba situada con un título algo extravagante—«El Palo Gordo»—girando aquél bajo la razón social de «Compañía Hermanos». «Y este Corugedo el mayor—condado Zorrilla—es uno de los hombres a quienes Dios ha hecho encontrar sobre la tierra para enseñar a estimar a la humanidad, a respetar la honra y a despreciar mi miserable ingenio, que no ha sido más que meter ruido sin utilidad de nadie, empujando por mí. Cierta vez visité la humilde trastienda como llamaba Corugedo a la vivienda que tras de mostrador tenía escondida. ¡Cuál fué mi asombro encontrarme en su interior una biblioteca de miles de volúmenes y adornadas sus paredes con los retratos de Ercilla, Quevedo, Lope, Calderón y todos los que forman la colección grabada que publicó la Academia Española!».

Pero lo que más me asombró de hallar, entre aquel rincón del hombre estudioso e inteligente y aquel traidor y anaquelaría de mercader, fué la sencilla bestia de aquel asturiano, de exterior vulgar, que contaba, complaciéndose en tales recuerdos, cómo se desembarcó en la Habana, sin más que lo preguntó cómo había dormido la primera noche en el pórtico de una iglesia, por no haber encontrado un paño para quien traía una carta de recomendación; y, por arrostrando trabajos y devorando afanes, cuarta a cuarto, peseta a peseta, y duro a duro, a fuerza de aceptar arriesgadamente y cumplir casi por mil aplazos y compromisos, había cimentado el capital y el crédito que aquel almacén y su razón social representaban». Digno sucesor de éste, fué otro señor Corugedo, Alcalde de la Habana, en tiempos de la Colonia.

Los «descoloridos» de Muralla recuerdan con melancolía el glorioso pasado de su calle. Algunos hay que permanecen en ella desde que llegaron de España, en sus años mozos; y a ellos se debe acudir en primera instancia, en demanda de datos, si se quiere tener una verdadera idea de lo que fué esta, en su día, la primera calle de la Habana. Ellos nos hablarán de la fundación de Palomas, hoy desaparecida, instalada junto al antiguo Palacio de la Capitanía General de Marina, en los tiempos de la Colonia; ocupado después por la Administración de Correos; más recientemente por el primer Congreso de la República; y en la actualidad por la Secretaría de Educación, fonda que era el paraíso de los inmigrantes españoles, allí hospedados a veces en número tan excesivo, que daba origen a enfermedades y epidemias. Cuando la primera de influenza, murieron allí cientos de inmigrantes; y cuando la bubónica, fué allí donde la Secretaría de Sanidad de entonces llevó a cabo sus más certeros y respaldados ataques. Esos «viejos vecinos» nos hablarán de una calle de la Muralla que ya no existe; pero que es la única que para ellos pervive con vida en su memoria: aquella de los almacenes de paños de Galán y Compañía, esquina a Cuba; la de la famosa quincallería de Corugedo «El Palo Gordo», que ya citamos; de la célebre joyería, en la esquina de la Habana, del rico gallego Misa, ascendiente del conocido empresario Alfredo, del propio apellido, y vicario del ingenioso timo de los «merengues», dado por un caballero de industria de la época, que se hacía pasar, ora, por agente de una gran fábrica americana de aparatos para hacer oír y hablar a los sordos mudos, mediante buenos centenes; ora, galeno homeópata delegado de ignotas Universidades belgas, suizas, germanas; ora, agente representante de varios bancos húngaros y filandeses; y en definitiva, un muñecón de aspecto próspero y respetable; largas patillas y levita inglesa cerrada, que engañó a media Habana, hasta que dió con sus huesos en la Cárcel, y con la relación de cuyos numerosos timos y estafas tendríamos sobrado asunto para llenar una de nuestras más interesantes revistas descoloridas. Su apellido, sonoro, que no sabemos si era el propio suyo, u otra de sus corrientes angélicas, era también el nombre de uno de nuestros antiguos palacios nobiliarios, instalado en una de nues-

tras plazas más céntricas y conocidas. Si lo quieres más claro, échale agua.

Aquellos «viejos vecinos» nos hablarán, decíamos, de los ya desaparecidos almacenes de paños y casa de banca de los señores Alvarez y Valdés, frente a la que fué Plaza Vieja del Mercado de San Francisco, en su tiempo, como escribe el ya citado Villaverde, «un hervidero de animales y cosas diversas; recinto harto estrecho desahuciado, húmedo y sombrío»; que con pocas modificaciones, agregamos, se mantuvo así hasta implantada la República, siendo de lo primero que la Sanidad de aquella echó abajo; de la regia casona colonial, sede del bufete del doctor Antonio Sánchez Bustamante, en la esquina de Aguacate—la Audiencia del barrio—de la popular vidriera de Puerta Tierra, donde era proverbial que se vendía todos los sorteos el premio gordo de la Lotería—esta vidriera de Puerta Tierra está pidiendo una vieja postal, que escribiremos en su día—; de la antigua ferretería, que ya no existe, de Astuy; de la peletería «La Josefina», que estuvo en la esquina de Villegas; de los almacenes de paños «El Vapor», de los sobrinos de Nazábal; de La Diana; de la farmacia de Olarzabal; de La Borla, instalada en la casa número 39, primero cordonería y luego almacén de paños de Borges; de los almacenes de los Hermanos Faes, Faustino y Perfecto; de Amalio Suárez y su socio Angelín Rodríguez, que vivía y miraba por los ojos de Amalio; de Jesús Fernández, que fundó el Banco Comercial, y los también banqueros Gómez Mena, que daban vida y prestigio a la calle; de Pancho Toyo, todo fachenda y prosopopeya, cuya única venta personal—«Ponte el el saldo, Genín»—consistió en toda su vida en una que le hizo a un tal Eugenio, que cargó con la mercancía y no la pagó nunca; en la esquina de Compostela, la popularísima joyería de Cuervo y Sobrinos—la de los relojes Roskoff, a centén; y la del timbre avisador oculto en uno de los pedaños de la escalera que conducía a los altos de la casa—; y en fin, de toda aquella joven dependencia de Vivanco, Fernández y Castro, Humara, etc., fieles del dominó y el café en La Victoria, El Cuco, El Méndez Núñez, El Bombé, etc., y que le rendían homenaje al sereno particular Celestino Peláez, para sus escapadas después de las once de la noche, y sus vueltas de ocultis, al toque del Avemaría.

En la calle de la Muralla de aquellos tiempos existía un tipo popular que era el amo de ella: el moreno maletero conocido por «Bemba». «Bemba» era el encargado de llevar y traer las maletas y los baúles de aquel vecindario, cuando iba o venía de viaje, ya a la Península, ya al campo; «Bemba» era el hombre de confianza para «ciertos recados»; «Bemba» era el portador, discreto y seguro, de ciertos envoltorios y maletines, de cuyo contenido no tenían por qué enterarse los aduaneros. «Bemba» cargó en su modesta carretilla de muelle el humilde cofre aldeano del mozo inmigrante recién llegado, que años más tarde se entendía para su fastuoso y variado equipaje con los grandes expresos de fama. «Bemba», al cabo de sus años de convivencia con aquel vecindario, pudo dar fe de la sentencia popular: «El padre bodeguero; el hijo caballero; el nieto...»

Una de las costumbres más arraigadas en las grandes casas comerciales de aquel tiempo, era la de almorzar y comer la dependencia de aquellos establecimientos, juntamente con sus dueños y principales, en una extensa mesa que por lo general se servía en la planta baja de la casa, ya en el patio, ya en el comedor, casi siempre a la vista de los que transitaban por la calle; siendo fama que la comida solía distinguirse por su esplendor y suculencia. Además de los empleados de la casa, sentábanse a la mesa los agentes y corretores del género; los amigos invitados exprofeso; y los clientes de la misma, a quienes sorprendía en ella la hora del servicio, que para el almuerzo solía ser, la de las once en punto de la mañana; y para la comida, la de las seis de la tarde; contándose también entre los invitados un buen número de «gorrones», que no se hacían de rogar, desde luego. De estos recordamos uno que por los años del 89, al 90, 91, etc., era célebre en los almacenes de «allá abajo», de Quevedo, Francisco Menéndez, Barraqué, Marina el ferretero, Lezama, etc., un señorón de pomposa chistera, aunque ya bastante delustrada, levita negra de cuello alto a la moda del año 40; amplio bigote y puntiaguda pera, repintados de negro; lentes de carey a lo Don Francisco de Quevedo; y poseedor de un nombre y apellido tan ostentosos y retumbantes como su arcaica persona: se le cedía un puesto en aquellas mesas a gusto de todos, en gracia a su conversación tan interesante como instructiva. Este Lope de Vega ambulante tenía el acierto de no caer a diario siempre en una misma casa; y así iba sorteando de una en otra, con tino, el problema de su manutención.

Dábase el caso de que aun viviendo la familia del dueño en los altos del establecimiento, u otro departamento anexo, aquél comía siempre, en los días laborables, con su dependencia; obediente al uso de antiguo establecido de presidir la mesa y conservar en

# PASATIEMPOS

Por Diógenes

El amor habla todos los idiomas y sin embargo nadie lo entiende.

\* \* \*

La pobreza no es un crimen ciertamente, pero es un gran inconveniente.

\* \* \*

Mucha gente pierde de vista las cosas grandes por fijar demasiado su atención en los detalles insignificantes.

\* \* \*

El único remedio para una mala mujer es un mal marido.

\* \* \*

No hay hombre que no haya intentado o deseado alguna vez en su vida patentar un invento.

\* \* \*

Cuando la mujer habla en el hogar de «seguir nuestro camino», se entiende el camino de ella.

\* \* \*

No olvide que el hombre que trata de probar demasiado frecuentemente no prueba nada.

\* \* \*

¿Por qué la madre siempre espera que su hijo resulte mejor que su padre?

\* \* \*

Eva fué la mujer original. Todas las demás han sido falsificadas.

\* \* \*

A propósito; cuánto se habría evitado en el mundo si se hubiera fabricado un paraguas en vez de una mujer de la costilla de Adán.

\* \* \*

Puede que sea mejor ser feliz que ser rico; pero no se conoce el pobre que haya derivado alguna satisfacción de ese pensamiento.

todo incólume el concepto de su primacía y la cohesión y mantenimiento del negocio. Entre los adelantos sociales del día ha entrado la supresión de esta costumbre: hoy, por lo general, los dueños van a comer a sus respectivas casas particulares, y los empleados y dependientes lo hacen en el bar o restaurant de la esquina, mediante un económico abono por quincenas. El radio se encarga, por su parte, del menú espiritual; no siempre de la mejor calidad y del más sano y saludable efecto. Maestros cocineros había que después de quince a veinte años de servicios en una de estas casas, con un sueldo mensual de diez a veinte «centenes», y un diario para la plaza de doce y quince pesos, se retiraban para entrar en la comandita de algunos de los mejores hoteles de la Habana...

Es cosa cierta que cada calle tiene su vida, su ambiente y su fisonomía especial; un detalle, o algo típico que la distingue de las otras; y he ahí, por qué muchos cocheros y transeúntes dan con ella, sin necesidad de leer la tablilla en que se halla grabado su nombre en las esquinas; como es también cierto que las gentes que viven en algunos barrios, por su posición social o situación económica, delatan a las claras su procedencia. La calle de la Muralla siempre tuvo un reflejo, un color, el rancio influjo de una clásica rúa española. Pero por lo mismo que sus moradores, al cabo de convivir unidos tanto tiempo, lograron imprimirle ese carácter especial de que hablamos, en cuanto aquellos, por una u otra causa, empezaron a separarse, diríase que se llevaron con ellos aquel ambiente, aquella alma que la hacía vivir y palpitar con una vida sui-generis; y como una de esas decoraciones disolventes que se desenvuelven y transforman, casi sin darse cuenta el espectador, van cambiándose por día el fondo y los detalles del cuadro...

Nada nos dá una idea más exacta de este cambio verificado recientemente, de esta atmósfera distinta que ya empieza a respirarse en la antigua típica calle colonial de la Muralla, como observar las muestras de sus establecimientos más destacados; los grandes letrados que se ostentan en sus fachadas; ante campaba en ellos las zetas, que ahora han sido desplazadas por las kas; Gutiérrez, Fernández, González, Ramírez, convertidos en Poliski, Chukioski, Kerenski, Chirivikes... Y lo desconcertante es, que a medida que van aumentando las kas, van desapareciendo las zetas; hasta que ya sea borrada esa letra definitivamente de nuestro abecedario latino; y acaso cambie también su nombre por otro, LA CALLE DE LA MURALLA.

